

—Transatlántico.

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España/AECID, Rosario, Argentina. Número 6, otoño de 2009



—Anoche vi por televisión el último viaje a la luna —dijo Barco—.

Esos viajes a la luna ya no le interesan a nadie. Todo el mundo está convencido de que la luna ya pertenece al pasado, y la ciencia ficción se está convirtiendo en una anti-gualla. Ya no hay, dicen, ficción, que supere a la ciencia. Probablemente, dentro de quinientos años todos serán científicos, así como en la actualidad todos manejan automóviles.

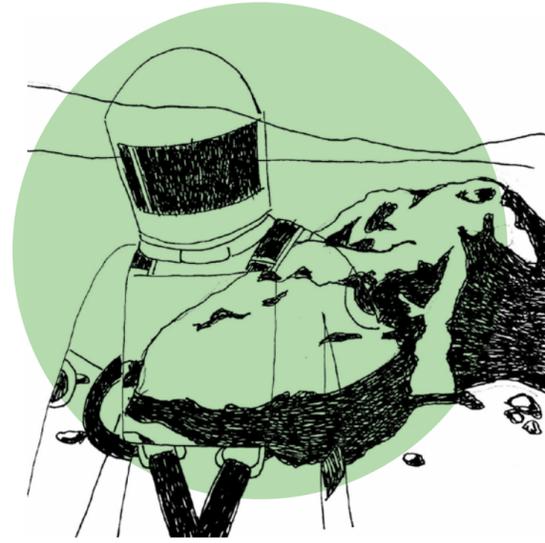
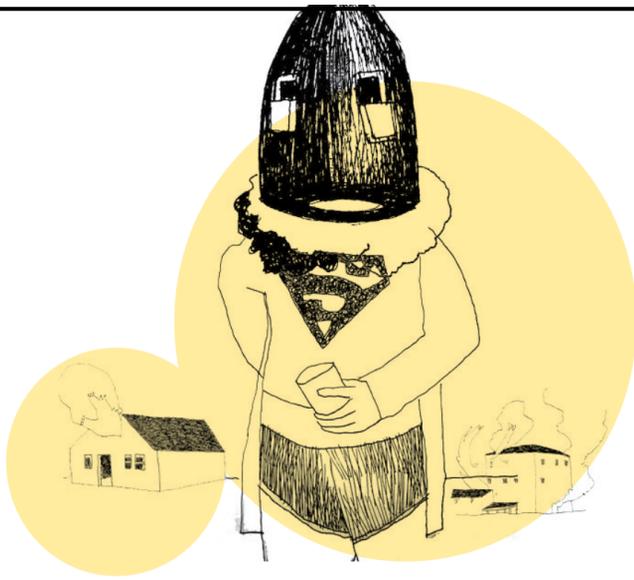
—Probablemente —dijo Tomatis, sin dejar de mirar los dedos de Barco que ahora se habían apoyado sobre la sal diseminada y estaban inmóviles.

—Pasó algo curioso —dijo Barco— Todo iba bien mientras se veía en la pantalla el interior de la nave espacial y las manipulaciones de la tripulación. Pero de golpe empezaron a verse fotografías de la tierra que iba alejándose, volviéndose cada vez más chuiquitita, y entonces los tipos que estaban mirando la televisión en el bar se pararon, o empezaron a incorporarse despacio sobre la silla, o a estirar el cuello, todo eso para tratar de ver la tierra de más cerca, haciendo contorsiones para ayudar a la tierra a detenerse, como cuando uno tira una bocha y empieza a retorcerse todo para que la bocha vaya por el camino que uno le ha fijado imaginariamente ¿viste? Tratábamos de que ese alejamiento impúdico se detuviera, para que la tierra no se borrara y desapareciera del todo. Yo me quedé tieso. Y cuando la voz del locutor anunció que los astronautas todavía distinguían Méjico, todos tuvimos un momento de alivio y por un segundo todos nos sentimos mejicanos. Méjico fue la última cresta, la más alta, amontonada en la ola de nada que empujaba de atrás, la ola de nada que cuando Méjico dejó de divisarse inundó todo y lo dejó más liso y más uniforme que esa pared. Entonces todos nos sentimos tristes y confundidos, un poco aterrados, y no creo que nos hayamos sentido mejor cuando terminó el programa sobre el viaje lunar y empezó la transmisión directa desde el estadio de Chacarita. Estoy convencido de que anoche rompimos la barrera de la identidad. La de la luz o del sonido no son nada al lado de la barrera de la identidad. Nos fuimos poniendo cada vez más borrosos, hasta que desaparecimos por completo. Pensamos que la cosa iba a detenerse en un punto razonable, un punto desde el cual todavía pudiera divisarse Méjico, por ejemplo, pero no, nada de eso, desaparecimos del todo. Y yo tuve un vértigo adicional: sentado en la silla del bar, la pantalla me mostraba cómo la tierra iba disminuyendo de tamaño, es decir, cómo yo, la silla, el bar, la pantalla y la tierra que mostraba la pantalla, íbamos siendo apretados por el puño del cosmos que se cerraba, vertiginosamente, hasta macerar nuestros cuerpos y convertirlos en una lava enfurecida. Y lo sentí hasta tal punto que cerré los ojos y esperé el momento en que las paredes del bar comenzarían a avanzar, súbitamente, fundiéndose las cuatro en una sola con nosotros adentro, en una contracción inconcebible, hasta dejar la tierra reducida al tamaño de un dado de los más chicos con el que las criaturas se pusieran a jugar el destino del mundo. Probablemente esas parrilladas que trae el mozo sean las nuestras.

—Probablemente —dijo Tomatis.

1976

Juan José Saer, "Manos y planetas".



Había, pues, llegado el momento de la despedida. La escena fue patética, y hasta el mismo Michel Ardan,

no obstante su jovialidad febril, se sintió conmovido. J. T. Maston había hallado bajo sus párpados secos una antigua lágrima que reservaba sin duda para aquella ocasión, y la vertió en el rostro de su querido y bravo presidente.

—¡Si yo partiese! —dijo—. ¡Aún es tiempo!
—¡Imposible, mi querido amigo Maston! —respondió Barbicane.

Algunos instantes después, los tres compañeros ocupaban su puesto en el proyectil y habían ya atornillado interiormente la tapa. La boca del Columbiad, enteramente despejada, se abría libremente hacia el cielo.

Nicholl, Barbicane y Michel Ardan se hallaban definitivamente encerrados en su vagón de metal.

¿Quién sería capaz de pintar la ansiedad universal llegada entonces a su paroxismo?

La Luna avanzaba en un firmamento de límpida pureza, apagando al pasar el centelleo de las estrellas. Recorría entonces la constelación de Géminis, y se hallaba casi a la mitad del camino del horizonte y el cenit. No había, pues, quien no pudiese comprender fácilmente que el proyectil apuntaba a su objeto, como apunta el cazador a la liebre.

Un silencio imponente y aterrador pesaba sobre toda la escena. ¡Ni un soplo de viento en la Tierra! ¡Ni un soplo en los pechos! Los corazones no se atrevían a palpar. Todas las miradas convergían azoradas en la boca del Columbiad.

Murchison seguía con la vista la manecilla de su cronómetro. Apenas faltaban cuarenta segundos para el momento de la partida, y cada uno de ellos duraba un siglo.

Hubo al vigésimo un estremecimiento universal, y no hubo uno solo en la multitud que no pensase que los audaces viajeros encerrados en el proyectil contaban también aquellos terribles segundos. Se escaparon gritos aislados.

—¡Treinta y cinco! ¡Treinta y seis! ¡Treinta y siete! ¡Treinta y ocho! ¡Treinta y nueve!

¡Cuarenta! ¡Fuego!

Inmediatamente, Murchison, apretando con el dedo el interruptor del aparato, estableció la corriente y lanzó la chispa eléctrica al fondo del Columbiad.

Una detonación espantosa, inaudita, sobrehumana, de la que no hay estruendo alguno que pueda dar la más débil idea, ni los estallidos del rayo, ni el estrépito de las erupciones, se produjo instantáneamente. Un haz inmenso de fuego salió de las entrañas de la tierra como de un cráter. El suelo se levantó, y apenas hubo uno que otro espectador que pudiera entrever un instante el proyectil hendiendo victoriosamente el aire en medio de inflamados vapores.

1865

Julio Verne, *De la Tierra a la Luna*.

Hubo un período de sueño al apagarse las luces de la cabina

y Floyd se sujetó brazos y piernas con las sábanas elásticas que le impedirían ser expelido al espacio. Parecía una tosca instalación... pero en la gravedad cero su litera no almohadillada era más cómoda que los más muelles colchones de la Tierra.

Una vez se hubo sujetado bien, Floyd se adormiló con bastante rapidez, pero se despertó en una ocasión en estado amodorrado y semiconsciente, quedando totalmente desconcertado por sus extraños aledaños. Durante un momento pensó que se encontraba dentro de una linterna china débilmente iluminada; el débil resplandor de los otros cubículos que le rodeaban daba esa impresión. Luego se dijo, con firmeza y fructuosamente: "Ea, a dormir, muchacho. Este es sólo un corriente correo lunar".

Al despertarse, la Luna se había tragado medio firmamento, y estaban a punto de comenzar las maniobras de frenado. El amplio arco de las ventanas encajado en la curvada pared de la sección de pasajeros miraba al cielo abierto, y no al globo cercano, por lo que se trasladó a la cabina de mando. Allí, en las pantallas retrovisoras de televisión, pudo contemplar las últimas fases del descenso.

Las cada vez más próximas montañas lunares, eran diferentes en absoluto de las de la Tierra; estaban faltas de las destellantes cimas de nieve; el verde ornamento de la vegetación, las móviles coronas de nubes. Sin embargo, el violento contraste de luz y sombra les confería una belleza propia. Las leyes de la estética terrestre no eran aplicables allí; aquel mundo había sido formado y modelado por fuerzas distintas a las terrestres, operando en eones de tiempo desconocidos a la joven y verdeante Tierra, con sus fugaces Eras Glaciales, sus mares alzándose y hundándose rápidamente, y sus cadenas de montañas disolviéndose como brumas ante el alba. Aquí era la edad inconcebible —pero no muerta, pues la Luna no había vivido nunca— hasta la fecha.

La nave en equilibrio quedó equilibrada casi sobre la línea divisora de la noche y el día; directamente debajo de ella había un caos de melladas sombras y brillantes y aislados picos que captaban la primera luz de la lenta alba lunar. Aquél sería un espantoso lugar para intentar posarse, incluso contando con todas las posibles ayudas electrónicas; pero estaban derivando lentamente, apartándose de él, hacia la parte nocturna de la Luna.

Cuando sus ojos se acostumbraron más y más a la débil iluminación, Floyd vio de pronto que la parte nocturna no estaba totalmente oscura, sino bañada por una luz fantasmal, pudiéndose ver claramente picos, valles y llanuras. La Tierra, gigantesca luna para la Luna, inundaba con su resplandor el suelo de abajo.

En el panel del piloto fulguraron luces sobre las pantallas de radar, y aparecieron y desaparecieron números en los señalizadores de las computadoras, registrando la distancia de la cercana Luna. Estaban aún a más de mil millas cuando volvió el peso al comenzar los propulsores una suave pero constante deceleración. Parecieron transcurrir siglos en que la Luna se expandió lentamente a través del firmamento, sumióse el Sol bajo el horizonte, y finalmente un gigantesco cráter llenó el campo visual. El correo estaba cayendo hacia sus picos centrales... y de súbito Floyd advirtió que junto a uno de aquellos picos, destellaba con ritmo regular una brillante luz. Podía ser un faro de aeropuerto enfilado a la Tierra, y quedó con la mirada clavada en él y la garganta contraída. Era la prueba de que los hombres habían establecido otra posición en la Luna.

El cráter se había expandido ya tanto que sus baluartes se estaban deslizando bajo el horizonte, y los pequeños cráteres que salpicaban su interior estaban empezando a revelar su tamaño real. Algunos de ellos, que parecían minúsculos desde la lejanía en el espacio, tenían un diámetro de millas, y podrían haber engullido ciudades enteras.

Sometida a sus controles automáticos, la nave se deslizaba abajo por el firmamento iluminado por las estrellas, hacia aquel estéril paisaje a la luz de la grande y gibosa Tierra. Una voz se elevó ahora de alguna parte, sobre el silbido de los propulsores y los punteos electrónicos que atravesaban la cabina.

—Control Clavius a Especial 14; la entrada se realiza con exactitud. Efectúen por favor la comprobación manual del dispositivo de alunizaje, presión hidráulica e inflado de la almohadilla parachoques.

El piloto oprimió diversos conmutadores, destellaron luces verdes y respondió: —Verificadas todas las comprobaciones manuales. Dispositivo de alunizaje, presión hidráulica, parachoques O.K.

—Confirmado —dijeron de la Luna.

El descenso continuó silenciosamente. Aunque aún había muchas comunicaciones, todas ellas corrían a cargo de máquinas, transmitiéndose mutuamente fulgurantes impulsos binarios a una cadencia miles de veces mayor que aquella con que sus constructores, de pensar lento, podían comunicarse.

Algunos de los picos de las montañas atalayaban ya la nave; el suelo se hallaba solamente a pocos miles de pies, y la luz del faro era una brillante estrella fulgurando constantemente sobre un grupo de bajos edificios y extraños vehículos. En la fase final de descenso, los propulsores parecían estar tocando alguna singular tonada; sus intermitentes latidos verificaban el último ajuste preciso al impulso.

Bruscamente una remolineante nube de polvo lo ocultó todo, los propulsores lanzaron su último chorro, y la nave se mecía ligeramente, como un bote de remos acunado por una pequeña ola. Pasaron varios minutos antes de que Floyd pudiese aceptar realmente el silencio que ahora los envolvía y la débil gravedad que asía sus miembros. Había efectuado, sin el menor incidente y en poco más de un día, el increíble viaje con el que habían soñado los hombres durante dos mil años. Tras un vuelo normal, rutinario, había alunizado.

1968

Arthur C. Clarke, 2001. *Una odisea espacial*.

19 de abril. Esta mañana, para mi gran alegría, cuando la superficie de la luna estaba aterradoramente cerca

y mis temores llegaban a su colmo noté, a las nueve, que la bomba del condensador daba señales evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez, tenía ya razones para creer que la densidad había aumentado considerablemente. A las once, poco trabajo se requería en el aparato, y a las doce, después de vacilar un rato, me atreví a soltar el torniquete y, notando que nada desagradable ocurría, abrí finalmente la cámara de goma y la arrollé a los lados de la barquilla.

Como había esperar, un violento dolor de cabeza acompañado de espasmos fue la inmediata consecuencia de tan precipitado y peligroso experimento. Pero aquellos trastornos y la dificultad para respirar no eran tan grandes como para hacer peligrar mi vida, y decidí soportarlos lo mejor posible, en la seguridad de que desaparecerían apenas llegáramos a las capas inferiores más densas. Empero nuestra aproximación a la luna continuaba a una enorme velocidad, y pronto me di cuenta, con alarma, de que si bien no me había engañado al suponer una atmósfera de densidad proporcionada a la masa del satélite, me había equivocado al creer que dicha densidad, aun la más próxima a la superficie, sería capaz de sostener el gran peso de la barquilla del aerostato.

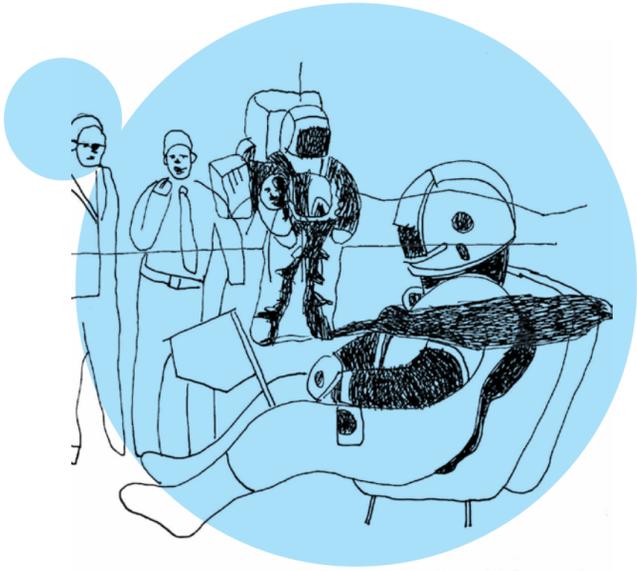
Así debería haber sido y en grado igual que en la superficie terrestre, suponiendo la pesantez de los cuerpos en razón de la condensación atmosférica en cada planeta. Pero no era así, sin embargo, como bien se veía por mi precipitada caída; y el por qué de ello sólo puede explicarse con referencia a las posibles perturbaciones geológicas a las cuales ya me he referido.

Sea como fuere, estaba muy cerca del planeta, bajando a una velocidad terrible. No perdí un instante, pues, en tirar por la borda el lastre, luego los cuñetes de agua, el aparato condensador y la cámara de caucho, y por fin todo lo que contenía la barquilla.

Pero de nada me sirvió. Continuaba descendiendo a una terrible velocidad y me hallaba apenas a media milla del suelo. Como último recurso, y después de arrojar mi chaqueta, sombrero y botas, acabé cortando la barquilla misma, que era sumamente pesada; y así, colgado con ambas manos de la red, tuve apenas tiempo de observar que toda la región hasta donde alcanzaban mis miradas estaba densamente poblada de pequeñas construcciones, antes de caer de cabeza en el corazón de una fantástica ciudad, en el centro de una enorme multitud de pequeños y feísimos seres que, en vez de preocuparse en lo más mínimo por auxiliarme, se quedaron como un montón de idiotas, sonriendo de la manera más ridícula y mirando de reojo al globo y a mí mismo. Alejándome desdeñosamente de ellos, alcé los ojos al cielo para contemplar la tierra que tan poco antes había abandonado, acaso para siempre, y la vi como un enorme y sombrío escudo de bronce, de dos grados de diámetro, inmóvil en el cielo y guarnecida en uno de sus bordes con una medialuna del oro más brillante. Imposible descubrir la más leve señal de continentes o mares; el globo aparecía lleno de manchas variables, y se advertían, como si fuesen fajas, las zonas tropicales y ecuatoriales.

1835

Edgard Allan Poe, "La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall".



El lugar de alunizaje no había sido elegido exactamente, puesto que un pequeño error orbital podría producir una gran diferencia

en lo tocante a la superficie lunar. Sólo podíamos estar ciertos de que sería cerca del polo norte y no en uno de los mares que parecen atractivamente tranquilos, aunque son con probabilidad traicioneros. De hecho, como recordarán, alunizamos al pie de los Alpes Lunares, no lejos del cráter Platón. La tierra era áspera, pero nuestra nave y equipos habían sido diseñados de acuerdo con estas características.

Y cuando se hubo apagado el estruendo que ensordecía nuestros oídos y éstos se fueron acostumbrando lentamente al silencio, nos paramos. Permanecimos unos minutos sin pronunciar palabra. El sudor me había pegado las ropas al cuerpo. —Bien —dijo Baird al fin— Bien, aquí estamos.

Se quitó las correas, tomó el micrófono y llamó a la estación. Hernández y yo nos pusimos a mirar por los periscopios para ver qué nos aguardaba.

El espectáculo era formidable. He estado en muchos desiertos en la Tierra, pero no brillan con tal fulgor, no se hallan tan absolutamente despoblados ni sus rocas son tan grandes ni sus ángulos cortan como navajas de afeitar. El horizonte meridional estaba próximo, creí que podía contemplar cómo la superficie se combaba a lo lejos y se hundía en una espuma de estrellas.

Echamos suertes. A Hernández le tocó permanecer en la nave, mientras que yo tuve el privilegio de ser el primero en poner el pie sobre la Luna. Baird y yo nos pusimos el traje espacial y salimos por la cámara de presión intermedia. Aun en la Luna esos trajes pesan mucho.

Hicimos una pausa a la sombra de la nave mirando a través de nuestras gafas protectoras. La oscuridad no era absoluta —había reflexión desde el suelo y las colinas—, pero sí más profunda y aguda que todas las que se ven en la Tierra. Detrás de nosotros las montañas eran altas y de formas inclementes. Delante, el suelo caía en declive, ocreo, lleno de asperezas y cavidades, hacia el borde de Platón. Donde sostenía aquel horizonte que se derrumbaba. La luz era demasiado brillante para que yo pudiese ver muchas estrellas.

Tal vez recuerde que alunizamos al ponerse el sol, creyendo que podríamos emprender de madrugada el regreso dos semanas después. Durante la noche la temperatura en la Luna alcanza 250 bajo cero, pero los días son lo bastante calurosos como para asarle a uno. Y es más fácil —pues necesita menos masa— calentar la nave con la pila que instalar un equipo de refrigeración.

—Bueno —dijo Baird—. Adelante.

—Adelante ¿y qué? —pregunté.

—Pronuncia el discurso. Eres el primer hombre en la Luna.

—Pero tú eres el capitán —repuse yo—. Ni lo sueñes, jefe... Desde luego que no.

Probablemente habrá leído usted aquel discurso en los periódicos. Se supuso que había sido improvisado, pero fue escrito por la esposa de un encumbrado personaje, el cual creía en sus dotes poéticas. Un vomitivo oral ¿verdad? ¡Y Baird pretendía que yo lo pronunciara!

—Esto es insubordinación.

—¿Puedo rogar al capitán que consigne en el libro de a bordo que el discurso fue pronunciado?

Baird soltó un taco, pero así lo hizo después. Y no olvide que lo que le estoy contando es Alto Secreto.

1957

Poul Anderson, "La luz".

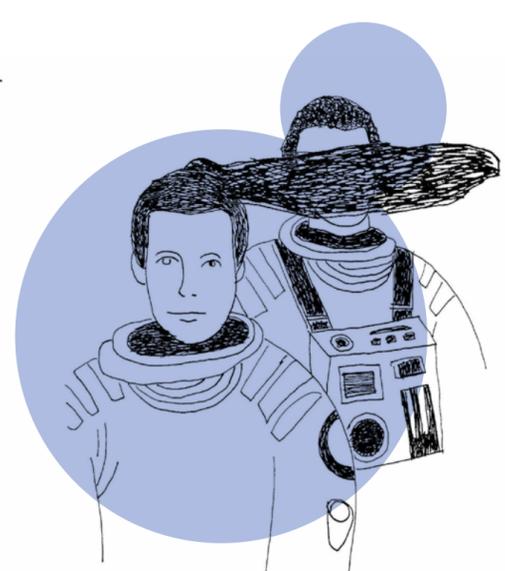
2.1. Cincuenta mil millas Germanas de éter nos separan del lugar donde la isla de Levania yace.

El camino hacia ella o desde ella a este mundo rara vez se encuentra abierto. Cuando está abierto, es fácil para los nuestros transitarlo, pero transportar humanos es infinitamente más difícil y conlleva gran riesgo para la vida. No admitimos en nuestra compañía a apáticos, gordos o delicados. Por el contrario, elegimos aquellos que practican las artes de la caballería o están acostumbrados a viajar a las Indias, habituados a subsistir a galleta, ajo, pescado seco y poco apetecibles vituallas. Nos interesan especialmente las mujeres viejas y acabadas, experimentadas a temprana edad en montar machos cabríos, escobas o raídas capas y a atravesar inmensas extensiones de la tierra. No aceptamos hombres de la Germania; no desdeñamos los firmes cuerpos de los ibéricos.

2.2. A pesar de la enorme distancia el viaje se completa en cuatro horas como mucho. Acordamos no emprender el viaje hasta que la luna comience su eclipse en el lado este, dadas nuestras ocupaciones. Si llegara a recobrar a su brillo completo mientras nos encontramos en viaje, nuestra partida sería del todo inútil. Dado que la oportunidad es tan fugaz, llevamos pocos seres humanos con nosotros, y sólo aquellos que nos son más devotos. Armóse entonces un grupo de gente con estas condiciones y, empujándolo, levantámoslo hacia los cielos. En cada instancia el despegue golpeó al grupo de humanos como un choque intenso, ya que aullaban como si hubiesen sido impulsados por pólvora para navegar a través de mares y montañas. Fue esta razón por la que desde un comienzo debieron ser dormidos con narcóticos y opiáceos. Sus miembros debieron ser dispuestos de manera tal que el choque fuese distribuido entre sus extremidades y así su torso no fuese separado de sus nalgas, o su cabeza del cuerpo. Una nueva dificultad surgió: el frío extremo impedía la respiración. El frío fue aliviado con un poder que traemos de nacimiento, la respiración, aplicándole esponjas humedecidas a sus narinas. Una vez que esta primera etapa del viaje ha concluido, el viaje se torna más sencillo. En ese momento expusimos sus cuerpos al aire abierto y quitamos nuestras manos. Sus cuerpos se enrollaban, como arañas, en bolas que desplazábamos con nuestra voluntad solamente, para que finalmente la masa corpórea pueda seguir viaje y llegar a destino por sus propios medios. Pero este impulso poco nos sirve, porque era ya demasiado tarde. Fue entonces a través de nuestra voluntad, como he dicho, que gentilmente desplazamos los cuerpos y avanzamos delante de ellos a partir de ese momento para prevenir que sufran daño alguno de estrellarse duramente contra la luna. Cuando los humanos se despiertan, generalmente se quejan de un cansancio en las extremidades, del que más tarde se recuperan lo suficiente como para poder caminar.

1634

Johannes Kepler, *Somnium o Astronomía Lunar*.



—Está bien, déjemoslo. ¿Nos dirigimos ahora hacia la Luna?

—Sí. Por mera precaución, no acelero demasiado; pero si todo marcha bien, estaremos cerca de ella dentro de treinta horas.

La Luna era un desierto. Trevize observó la zona brillante iluminada por el sol que se deslizaba debajo de ellos. Era un panorama monótono de cráteres y sectores montañosos, y de negras sombras en contraste con la luz. Había sutiles cambios de color en el suelo y ocasionales extensiones llanas, salpicadas de pequeños cráteres.

Cuando se acercaron al lado oscuro, las sombras se hicieron más largas y, por último, se fundieron en una sola. Durante un rato, los picachos brillaron detrás de ellos bajo el sol, como gordas estrellas que resplandecían mucho más que sus hermanas celestes. Después, desaparecieron y sólo quedó en el cielo el débil resplandor de la luz de la Tierra, que era una gran esfera de un blanco azulado en más de un cuarto creciente. La nave pasó también más allá de la Tierra, la cual se hundió en el horizonte de manera que sólo quedó negra absoluta debajo de ellos y, en lo alto, un cielo débilmente salpicado de estrellas que, para Trevize, que se había criado en el mundo sin estrellas de Terminus, resultaba, todavía, bastante milagroso.

Después, aparecieron nuevas estrellas brillantes ante ellos; primero, sólo una o dos, y después otras, agrandándose, espesándose y fundiéndose al fin. Y al momento cruzaron el terminador y pasaron al lado iluminado. El sol se elevó con esplendor infernal, mientras la pantalla lo esquivaba y enfocaba una panorámica del suelo del satélite.

Trevize comprendió inmediatamente que era inútil tratar de encontrar una entrada del interior habitado (si existía) con la mera inspección ocular de aquel mundo enorme. Se volvió a mirar a Bliss, que estaba sentada a su lado. Ella no miraba la pantalla, sino que mantenía los ojos cerrados. Más que sentarse en la silla, parecía haberse derrumbado en ella.

Trevize, preguntándose si se había dormido, dijo a media voz:

—¿Detectas algo más?

Bliss sacudió ligeramente la cabeza.

—No —murmuró—. Sólo fue una ligera impresión. Será mejor que volvamos allí. ¿Recuerdas dónde estaba aquella región?

—El ordenador lo sabe.

Fue como apuntar a un blanco, oscilando a un lado y otro hasta encontrarlo. La zona en cuestión se hallaba en el hemisferio oscuro del satélite y, excepto por el débil resplandor de la Tierra que envolvía la superficie en una fantástica penumbra gris, no se distinguía nada, ni siquiera cuando las luces de la cabina-piloto se apagaron para poder ver mejor.

Pelorat se había acercado y plantado ansiosamente en el umbral.

—¿Hemos encontrado algo? —preguntó, en un ronco murmullo.

Trevize levantó una mano imponiéndole silencio. Estaba observando a Bliss. Sabía que pasarían días antes de que la luz del sol volviese a iluminar aquel lugar de la Luna, pero también sabía que, para lo que Bliss trataba de percibir, la luz carecía de importancia.

—Está allí —dijo ella.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y es el único lugar?

—Es el único lugar en que lo he detectado. ¿Hemos estado sobre todas las partes de la superficie de la Luna?

—Sobre la mayor parte de ella.

—Entonces, es todo lo que he detectado en esa mayor parte. Ahora, la impresión es más fuerte, como si aquello nos hubiese detectado a nosotros. Y no parece peligroso. Tengo la sensación de que nos da la bienvenida.

—¿Estás segura?

—Es la impresión que tengo.

—¿Podría estar fingiendo buenos sentimientos?

Bliss respondió, con un deje de altivez:

—Si fuesen simulados, lo detectaría.

Trevize murmuró algo sobre el exceso de confianza Y después dijo:

—Espero que lo que detectas sea inteligencia.

—Detecto una fuerte inteligencia. Pero... —añadió en un tono extraño.

—Pero, ¿qué?

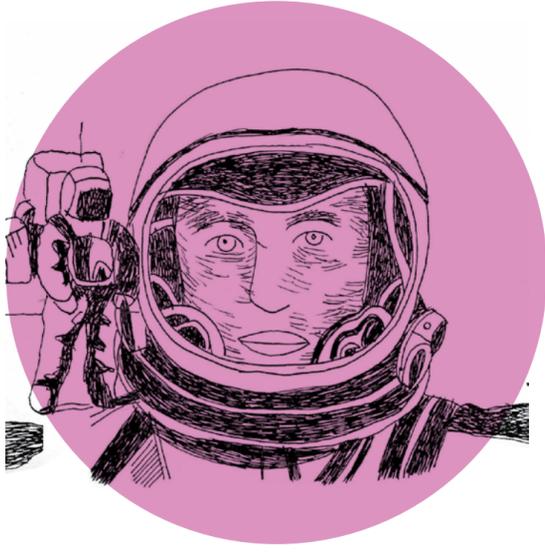
—Silencio. No me distraigáis. Dejad que me concentre.

La última palabra no fue mas que un movimiento de los labios. Después dijo con sorpresa débilmente regocijada.

—No es humana.

1986

Isaac Asimov, *Fundación y Tierra*.



—Estamos muy adentro —dijo— quiero decir... tal vez a un par de mil pies o más.

—¿Por qué?

—Por que hace más frío, y nuestras voces retumban mucho más. La delgadez del aire ha desaparecido totalmente, y con ella la incomodidad que sentíamos en nuestros oídos y la garganta.

Yo no lo había notado, pero entonces lo noté.

—El aire es más denso. Debemos estar a alguna profundidad... podríamos calcular hasta una milla... de la superficie de la luna.

—Nunca pensamos que hubiera un mundo dentro de la luna.

—No.

—¿Cómo habíamos de pensarlo?

—Podríamos haberlo supuesto. Lo que sucede es... que uno se acostumbra a un radio de ideas limitado.

Reflexionó un momento.

—Ahora —dijo— nos parece obvio. ¡Por supuesto! La luna debe ser enormemente cavernosa, tener una atmósfera interior, y en el centro de las cavernas un mar. Sabíamos que la luna tenía una gravitación específica menor que la de la tierra; sabíamos que afuera tenía poco aire y poca agua; sabíamos, también, que era un planeta hermano de la tierra y que era inadmisiblemente la idea de que su composición fuera diferente de la de nuestro planeta. La deducción de que estaba agujereada, era tan clara como el día; y sin embargo, nunca habíamos percibido todo esto como un hecho. Keplero, por supuesto...

Su voz había adquirido el tono de la del hombre que, en una demostración, ha descubierto una hermosa fuente de razonamientos.

—Sí —dijo— Keplero, con sus "subvolcani" tenía razón, al fin y al cabo.

—Ojalá se hubiera usted tomado la molestia de descubrir eso antes de que viniéramos —dije.

Nada me contestó: silbaba suavemente, para sí, mientras seguía el curso de sus pensamientos. La paciencia me iba faltando.

—¿Qué piensa usted que ha sido de nuestra esfera, por último? —le pregunté.

—Perdida —contestó, como alguien que contesta a una pregunta sin interés.

—¿Entre las plantas?

—A no ser que ellos la encuentren.

—¿Y entonces?

—¿Cómo puedo saber?

—¡Cavor! —exclamé—; ¡lindas se van poniendo las cosas para mi sindicato!

El no me contestó.

—¡Buen Dios! —continué—. ¡Si uno no piensa en toda la molestia que nos hemos tornado para venir a dar a este pozo! ¿Para qué hemos venido? ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué era la luna para nosotros, o nosotros para la luna? Hemos querido demasiado; hemos avanzado demasiado. Debíamos haber emprendido primero cosas pequeñas. ¡Usted fue quien propuso venir a la luna! ¡Esas celosías de Cavorita! Estoy cierto de que podíamos haberlas explotado en aplicaciones terrestres. De seguro. Comprendió usted realmente lo que yo propuse? Un cilindro de acero...

—¡Tontería! —dijo Cavor.

La conversación cesó. Durante un rato, Cavor se entregó a un monólogo entrecortado, sin mucha ayuda de mi parte.

—Si la encuentran —decía—, si la encuentran... ¿qué harán con ella? Esta es una pregunta que pudiera ser la pregunta capital. De todos modos, no sabrán manejarla: si comprendieran esa clase de cosas, desde hace largo tiempo habrían ido a la tierra. ¿Irían ahora? ¿Por qué no habrían de ir? Y si hubieran podido ir antes, aunque no hubieran ido, habrían enviado algo... No habrían de desperdiciar semejante posibilidad. ¡No! Pero la examinarán. Se ve con claridad que son inteligentes o investigadores. La examinarán... entrarán en ella... jugarán con las celosías... ¡Y a volar!... Lo que significará para nosotros la luna, por todo el resto de nuestra vida. Extraños seres, extraños conocimientos...

—¡Lo que es por los extraños conocimientos! —dije; pero no pude continuar, porque las expresiones me faltaron.

—Oiga usted, Bedford —dijo Cavor—: Usted ha venido en mi expedición por su propia y libre voluntad.

—Usted me dijo: "¡llámelo usted viaje de exploración."

—Siempre hay riesgo en las exploraciones.

—Especialmente cuando uno va desarmado sin meditar antes, sobre todas sus posibles fases.

—¡Yo estaba tan embobado en la esfera! El proyecto, nos asaltó y nos arrastró.

—Me asaltó a mí, querrá usted decir.

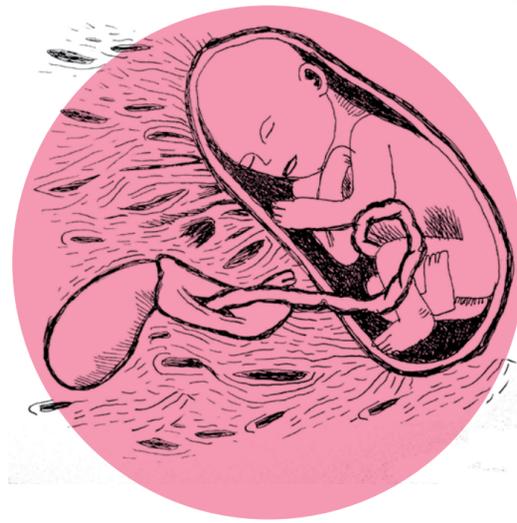
—Me asaltó a mí también, tanto como a usted. ¿Cómo iba yo a pensar, cuando me puse a trabajar en física molecular, que la cosa iba a traerme aquí, ni a un lugar que se pareciera, a éste?

—¡Así es la maldecida ciencia! —grité— la ciencia, que es el diablo en persona. Los sacerdotes y perseguidores de la Edad Media tenían razón y nosotros, los modernos, estábamos equivocados. Toca usted la ciencia, y ella le ofrece dones: pero apenas los toma usted, lo hace a usted pedazos, de alguna manera. Viejas pasiones y nuevas armas... ¡ahora le hace perder a usted sus sentimientos religiosos; luego, sus ideas sociales, y, por último, le arroja a usted al desconsuelo, y la ruina!

—¡Bueno, bueno! De nada serviría que se pusiera usted ahora a reñir conmigo. Estos seres, selenitas o como usted guste llamarles, nos han atado de pies y manos. Cualquiera que sea la disposición de ánimo con que quiera usted aceptar la situación, hay que aceptarla... Y la experiencia de lo que nos ha pasado demuestra que necesitamos toda nuestra sangre fría.

Hizo una pausa, como si esperara mi asentimiento; pero yo me callé, malhumorado.

—¡Maldita sea la ciencia! —dije.



Entretanto, durante mi estancia en la Luna, observé muchas rarezas y curiosidades que quiero relatar.

En primer lugar no nacen de mujeres, sino de hombres: se casan con hombres, y ni siquiera conoces la palabra "mujer". Hasta los veinticinco años actúan como esposas y, a partir de esa edad, como maridos. Y no quedan embarazados en el vientre, sino en la pantorrilla. A partir de la concepción, comienza a engordar la pierna; transcurrido el tiempo, dan un corte y extraen el feto muerto, pero lo exponen al viento con la boca abierta y le hacen vivir. A mi parecer, es de aquí de donde llegó hasta los griegos el término "pierna de vientre".

Pero voy a referirme a algo aún más sorprendente. Existe allí un linaje de hombres, los llamados "arbóreos" que nacen del modo siguiente. Cortan el testículo derecho de un hombre y lo plantan en la tierra; de él brota un corpulento árbol de carne, semejante a un faló: tiene ramas y hojas y su fruto son bellotas, del tamaño de un codo; cuando están ya maduras, las recolectan y extraen de su interior a los hombres.

Además sus partes pudendas son artificiales. Algunos las tienen de marfil, pero los pobres las usan de madera, y con ellas se unen y fecundan a su pareja.

Tras la vejez el hombre no muere sino que, como el humo, se disuelve y se convierte en aire. Su alimento esa para todos el mismo: encienden el fuego y asan ranas sobre el rescoldo —pues las ranas son muy abundantes allí, y vuelan—; una vez asadas, se sientan en círculo en torno a una mesa, aspiran el humo que asciende y se dan el festín.

Así es su comida. La bebida consiste para ellos en aire exprimido en copa, destilando un líquido como el rocío. No orinan ni defecan, ni poseen siquiera el orificio anal en igual lugar que nosotros; ni tampoco los jóvenes ofrecen para el amor sus traseros, sino las corvas sobre la pantorrilla, pues en ese lugar tienen el orificio.

Se considera hermoso en el lugar al hombre calvo y pelón; los melnudos, en cambio son despreciados. Más a los cometas, por el contrario, los consideran hermosos por su cabellera: había allí algunos forasteros que nos hablaron de ellos. Otro detalle: tienen barbas, que crecen tímidamente sobre sus rodillas, y carecen de uñas en los pies, pues todos son solípedos. Sobre las nalgas de cada uno crece una col de gran tamaño, a guisa de cola, siempre exuberante, sin ajarse cuando caen de espaldas.

De sus narices fluye una miel muy agria y, cuando trabajan o hacen ejercicio, sudan leche por todo su cuerpo, lo que les permite elaborar queso, extendiendo sobre este una capa de miel. De las cebollas elaboran un aceite muy denso y aromático, como perfume. Tienen muchas vides productoras de agua, pues los granos de los racimos son como el granizo y, a mi parecer, cuando sopla el viento y agita dichas vides, es cuando cae sobre nosotros el granizo, al desgranarse los racimos. Usan sus vientres como alforjas, colocando en ellos los objetos de uso corriente, pues pueden abrirlos y cerrarlos. No parecen encerrar intestinos en ellos: tan solo una espesa cabellera interior, lo que les permite albergar a los recién nacidos cuando hace frío.

El vestido de los ricos es de vidrio maleable, y el de los pobres es hilado de bronce, pues abunda el bronce en aquellas regiones y lo trabajan reblandeciéndolo en agua como la lana. En cuanto a las características de sus ojos, dudo en hablar de ello, por temor de que me juzguen mentiroso, dado lo increíble del relato. Ello no obstante, lo expondré. Tienen los ojos desmontables, y quien lo desea puede quitárselos y guardarlos hasta que necesite ver; entonces se los coloca y ve. Muchos, al perder los propios, los piden prestados a otros y ven. Los ricos suelen tener muchos en reserva. Tienen por orejas hojas de plátano, excepto los hombres-bellota; únicamente ellos las tienen de madera.

Vi también otra maravilla en el palacio real. Un enorme espejo está situado sobre un pozo no muy profundo. Quien desciende al pozo oye todo cuanto se dice entre nosotros en la Tierra; y si mira al espejo ve todas las ciudades y todos los pueblos, como si se alzara sobre ellos. Yo vi, a la sazón, a mi familia y a todo mi pueblo, pero no puedo decir con certeza si ellos también me vieron. Quien no crea que ello es así, si alguna vez va por allí en persona, sabrá que digo la verdad.

Carece de sentido decirles el Nombre Lunar de este Hombre, o siquiera si tenía un Nombre;

sencillamente, era el *Hombre en la Luna*, pero la conversación que mantuvimos fue de lo más extraña: En la primera visita que le hice, me preguntó si yo provenía del *Mundo en la Luna*. Mi respuesta fue *no*. Comenzó entonces a enervarse, diciéndome que había yo *mentado*. Él sabía de dónde había venido, pues me había visto durante todo el trayecto. Le dije que yo había venido *AL Mundo en la Luna*, y tornéme tan hosco como él. Nos tomó un buen tiempo antes de que podamos acordar; él aseguraba que yo había venido *de la Luna*, y yo, que había venido *a la Luna*. Esto nos derivó a Explicaciones, Demostraciones, Esferas, Globos, Regiones, Atmósferas y a cientos de extraños Diagramas, para llegar explicarnos. Yo insistía en lo mío, ya que mi Experimento me daba la calificación suficiente como para saber; lo desafié entonces a *volver* conmigo y así probar mi punto. Él, como un verdadero Filósofo, erigió Cientos de Miramientos, Conjeturas, y Problemas Esféricos para Confrontarme. En lo que a las Demostraciones respecta, él las llamaba extravagancias mías. Si bien diferíamos en mucho, ambos estábamos seguros —e inseguros— de que ambos estábamos en lo correcto, y sin embargo nuestras posturas eran diametralmente opuestas. Conciliar ese equívoco resultó extremadamente difícil, hasta que, sobre el final, llegó la Demostración: la Luna, como él la llamaba, girando su lado oscuro sobre nosotros tres días después del Cambio, mostró, con ayuda de sus extraordinarios Lentes, lo que yo percibí como ese lado que mira hacia el *Sol* que era todo *Luna*, y el resto era todo *Tierra*; y bien yo imaginé haber visto, o vi realmente, las majestuosas Torres de las Inmensas ciudades de la *China*. Luego de esto, y de un poco más de Debate, llegamos a la Conclusión, y allí acordamos el Hombre y yo, que ambas eran *Lunas*, y que ambos eran *Mundos*, éste una *Luna* para el otro y viceversa, como el *Sol* entre dos espejos, que se muestran el uno al otro a través del Reflejo, de acuerdo a la posición oblicua o directa entre uno y otro.

1705

Daniel Defoe, *La nave Lunar o anales de transacciones varias en el Mundo en la Luna*.

1901

Herbert George Wells, *Los primeros hombres en la Luna*.

Siglo II

Luciano de Samosata, *Relatos verídicos*.



Al decimoctavo día de haber pasado la isla de Tahití, mencionada por el Capitán Cook

como el lugar de donde habían sacado a Omai, un huracán elevó nuestro barco sobre la superficie del agua, y lo mantuvo a esa altura hasta que un fresco ventarrón llenó las velas. De allí en más viajamos a un ritmo prodigioso; avanzando por sobre las nubes durante seis semanas. Finalmente descubrimos una gran porción de tierra en el cielo, como una isla brillante, redonda e iluminada, donde, atracando en el puerto más conveniente, hicimos tierra y pronto descubrimos que se encontraba habitada. Debajo nuestro veíamos otra Tierra, que contenía ciudades, montañas, ríos, mares, etc. Supusimos que era el mundo que habíamos dejado atrás. Allí vimos figuras cabalgando sobre buitres de inmensas proporciones; cada uno de ellos tenía tres cabezas. Para que se hagan una idea de la magnitud de estas aves, debo informaros que cada ala es seis veces el largo de las velas de nuestra embarcación, que carga unas seiscientas toneladas. Como les decía, en lugar de montar caballos, como lo hacemos en este mundo, los habitantes de la luna (porque recién entonces nos dimos cuenta que estábamos en Madame Luna) vuelan por allí en esas aves. El Rey, más tarde nos enteramos, se encontraba en guerra con el Sol, y me ofreció el comando de una de sus tropas, honor que debí declinar. Todas las cosas de este mundo son de una extraordinaria magnitud, una simple mosca tiene el tamaño de una de nuestras ovejas: en la guerra, una de las principales armas son los rabanitos; los arrojan como si fuesen dardos. Aquellos que sufren heridas de rabanitos mueren al instante. Sus escudos están hechos con hongos, y sus dardos, cuando no es temporada de rabanitos, son las puntas de los espárragos. Se puede ver deambular por allí a algunos de los nativos de la estrella Sirius, el comercio los lleva a tamaños paseos de compras, sus caras son como de mastines, pero alargadas, y sus ojos se ubican cerca del final o la punta de la nariz. No tienen párpados, pero cubren sus ojos con la parte final de sus lenguas cuando duermen; suelen medir alrededor de seis metros. En cuanto a los selenitas, ninguno mide menos de once metros. No pueden ser llamados de la especie humana, pero los animales cocineros, ya que, como nosotros, todo lo que comen lo cocinan al fuego, no pierden tiempo en la ingesta; abren su costado izquierdo y allí depositan la comida en su estómago de una sola vez, y la cierran nuevamente hasta el mismo día del próximo mes. No son golosos, ya que nunca se permiten comer más de doce veces al año, es decir, una vez por mes. Exceptuando a los golosos y a los sibaritas, todo el mundo debe preferir su método al nuestro.

1785

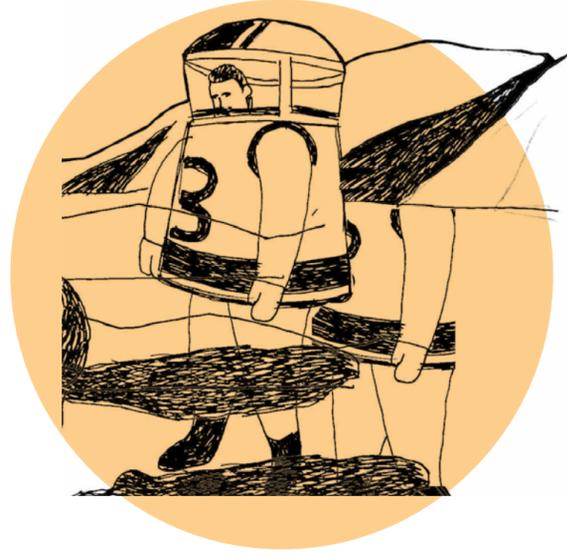
Rudolph Erich Raspe, *Las sorprendentes aventuras del Barón Munchausen*.

Finalmente, el amor por mi país, que poco a poco me iba quitando el gusto y la intención de haber vivido en éste, no me dejaban tiempo para soñar

en otra cosa que en el deseo de marcharme; pero tantas dificultades se me presentaron para ello, que me puse muy triste. Mi Demonio se dio cuenta de esto, y como me preguntase por qué no parecía ya el mismo de siempre, yo francamente le dije la causa de mi melancolía; entonces él me hizo tan halagüeñas promesas para el bien de mi retorno, que en sus manos dejé por entero mi confianza. Di aviso al Consejo, que me envió a llamar y me hizo prestar juramento de que en nuestro mundo contaría las cosas que había visto en el de la Luna. Seguidamente se me dieron mis pasaportes, y mi Demonio, que me había provisto de las cosas necesarias para tan grande viaje, me preguntó en qué lugar de la Tierra quería yo arribar. Yo le dije que la mayor parte de los jóvenes acaudalados de París se proponían en seguida hacer un viaje a Roma, pensando que nada después de esto había que ver ni que nada tan hermoso pudiese hacerse. Y le añadí que en vista de esto mucho le encarecía el que aprobase que yo siguiera el ejemplo de esos jóvenes. “Pero —proseguí— decidme en qué máquina haremos el viaje y cuál sea el encargo que quiere hacerme el matemático que nos habló el otro día de unir este globo con el mío”. “Del matemático no os fiéis —me dijo él—, que es hombre de mucho prometer y de muy poco cumplir. En cuanto a la máquina que ha de llevaros no es otra que la que os sirvió de carruaje para venir hasta la corte”. “¿Pero cómo es posible? ¿El aire será suficientemente sólido para sostener vuestros pasos como la tierra los soporta? No creo que esto sea posible”. “Es una cosa muy rara que vos creáis y no creáis al mismo tiempo. ¡Vamos! ¿Por qué los brujos de vuestro mundo, que van por el aire y conducen ejércitos, granizadas, nevadas, lluvias y otros meteoros semejantes de una a otra región, han de tener más poder que nosotros? Sed, sed más crédulo en mí, os lo ruego”. “Es verdad. He recibido de vos tantos favores como los recibieron Sócrates y tantos otros por quienes vos habéis tenido amistad, que debo confiarme a vos y lo hago abandonándome de todo corazón a vuestra voluntad”. Apenas acabé yo de decir estas palabras cuando se levantó como un torbellino sujetándome entre sus brazos: de este modo me hizo pasar sin incomodidad todo ese grande espacio que nuestros astrónomos sitúan entre nuestro mundo y el de la Luna, travesía en que no tardamos más de día y medio; lo cual me hizo conocer la mentira que dicen quienes afirman que una muela de molino tardaría trescientos sesenta y tantos años en caer desde el Cielo, puesto que nosotros invertimos tan poco tiempo en caer desde el globo de la Luna hasta éste. Finalmente, al comenzar nuestra segunda jornada me di cuenta de que me acercaba a nuestro mundo. Ya iba yo distinguiendo Europa de África y éstas de Asia, cuando sentí el vaho del azufre que veía salir de una muy alta montaña: esto me espantó tanto que me desvanecí. Yo no puedo contaros lo que luego me pasó; pero cuando recobré el sentido me encontré envuelto entre nieblas sobre la pendiente de una colina, entre varios pastores que hablaban el italiano. Yo no sabía qué había sido de mi Demonio y pregunté a los pastores si acaso le habían visto. Me contestaron haciendo la señal de la cruz y me miraron aterrados como si fuese yo el mismísimo demonio. Pero como yo les dijese que era cristiano y les rogase por caridad que me condujesen a algún sitio donde pudiese descansar, me acompañaron hasta un pueblecito que distaba de allí una milla, en el cual, y apenas hubie llegado, todos los perros, desde los más pequeños lanuditos hasta los mastines, se tiraron sobre mí, y me hubiesen devorado si no tuviese yo la fortuna de encontrar una casa donde me recogí. Pero esto no impidió que los perros prosiguiesen en su alboroto, de suerte que el dueño de la casa ya me miraba con malos ojos; y creo que, dado el escrúpulo con que la gente del pueblo considera estos accidentes como malos augurios, este hombre me hubiese abandonado como presa de aquellos animales si yo no hubiese advertido que la razón que los perros tenían para encarnizarse de tal modo contra mí era la de venir de donde venía, pues como ellos tenían la costumbre de ladrar a la Luna, notaban que yo venía de allí y que olía todavía a Luna, como los que luego que salen del mar todavía conservan algún tiempo el olor de la sal y el aire marinos. Para librarme de este mal aire me puse en una terraza y me sometí a la acción del Sol durante tres o cuatro horas; pasadas las cuales bajé, y los perros, como ya no sintiesen en mí el olor que los había hecho mis enemigos, no me ladraron más y se volvieron cada uno a su casa.

1650

Cyrano de Bergerac, *Historia cómica de los Estados e Imperios de la Luna*.



Súbitamente, sobre el tanque de cemento de un rascacielos apareció la luna roja.

Parecía un ojo de sangre despegándose de la línea recta, y su magnitud aumentaba rápidamente. La ciudad, también enrojecida, creció despacio desde el fondo de las tinieblas, hasta fijar la balaustrada de sus terrazas en la misma altura que ocupaba la comba descendiente del cielo.

Los planes perpendiculares de las fachadas reticulaban de callejones escarlatas el cielo de brea. En las murallas escalonadas, la atmósfera enrojecida se asentaba como una neblina de sangre. Parecía que debía verse aparecer sobre la terraza más alta un terrible dios de hierro con el vientre troquelado de llamas y las mejillas abultadas de gula carnícera.

No se percibía ningún sonido, como si por efecto de la luz bermeja la gente se hubiera vuelto sorda.

Las sombras caían inmensas, pesadas, cortadas tangencialmente por guillotinas monstruosas, sobre los seres humanos en marcha, tan numerosos que hombro con hombro y pecho con pecho colmaban las calles del principio al fin.

Los hierros y las cornisas proyectaban a distinta altura rayas negras paralelas a la profundidad de la atmósfera bermeja. Los altos vitrales refulgían como láminas de hielo tras de las que se desemparva un incendio.

A la claridad terrible y silenciosa era difícil discernir los rostros femeninos de los masculinos. Todos parecían igualados y ensombrecidos por la angustia del esfuerzo que realizaban, con los maxilares apretados y los párpados entrecerrados. Muchos se humedecían los labios con la lengua, pues los afiebraba la sed. Otros con gestos de sonámbulos pegaban la boca al frío del cilindro de los buzones, o al rectangular respiradero de los transformadores de las canalizaciones eléctricas, y el sudor corría en gotas gruesas por todas las frentes. De la luna, fijada en un cielo más negro que la brea, se desprendía una sangrienta y pastosa emanación de matadero.

1933

Roberto Arlt, *“La luna roja”*.

Los textos fueron seleccionados por Nora Avaro. Sebastián Bier tradujo los fragmentos de Kepler, Defoe y Raspe.

—Madrid, tenemos un problema



Agencia EFE

Pablo Francescutti

La archiconocida frase empleada por la tripulación del Apolo XIII para informar de un serio aprieto al cuartel general de la NASA (“Houston, we’ve got a problem”), en realidad fue captada primero por una base próxima a Madrid, y de allí transmitida a California, y luego recién a Houston (Texas). Esa prioridad fue el resultado de circunstancias que le valieron a España un puesto de primera fila en la carrera espacial.

Para quienes desde chicos nos resignamos a la idea de que el espacio era un coto privado de las superpotencias, el dato resulta sorprendente. Para mí, que aquella madrugada de julio de 1969 viví el alunizaje con la ñata contra el televisor —la primera transmisión vía satélite de nuestra TV—, se trataba de una de esas hazañas tecnológicas que nunca se alcanzan; una proeza en la que sin embargo los españoles participaron de lleno.

¿Quién, en la teleplatea argentina, iba a barruntar que las imágenes de la *magnífica desolación* del paisaje selenita que se dibujaban borrosas en la pantalla del Philips, habían pasado previamente por los monitores de la estación que la NASA tenía en Fresnedillas de la Oliva, a 58 kilómetros al noroeste de Madrid? Me figuro que casi nadie tenía noticia de que sus potentes antenas se alternaban en turnos de ocho horas con las de las bases gemelas de Canberra (Australia) y Goldstone (California), con el cometido de garantizar la comunicación ininterrumpida con los astronautas. Sin la vigilancia exhaustiva de sus marcadores vitales y de las miles de señales provenientes del sinfín de controles e indicadores del cohete Saturno y de las naves que viajarían durante diez días, no se habría garantizado su seguridad ni el éxito del vuelo.

La incorporación de Fresnedillas a la Red de Espacio Profundo de la NASA se produjo en el marco “de los acuerdos de cooperación científica firmados entre Estados Unidos y España”, recuerda Luis Ruiz de Gopegui, el ingeniero español que dirigió la Red en los días álgidos del Programa Apolo. ¿Y por qué aquí y no en otro país? “España se encontraba cerca de la trayectoria que siguen los cohetes lanzados desde Florida; de ahí que la primera estación de control se instalase en las islas Canarias”, me explica en su departamento madrileño, adonde he acudido para escuchar su vivencia del alunizaje.

Otro tanto hicieron los de la NASA en Australia. “Querían que la comunicación con sus vehículos no se viese interrumpida cuando, debido a la rotación del globo terráqueo, el centro de control en Estados Unidos se encontrase del otro lado del planeta. De esa manera

siempre contarían con una base orientada a la Luna, Marte o el Sol”, me cuenta mi anfitrión, arrellanado en el sofá de un living carente de parafernalia espacial (maquetas de cohetes, fotos dedicadas de astronautas, diplomas...), esas cosas que siempre demanda un fotógrafo deseoso de hacer un retrato en contexto. Será porque Ruiz de Gopegui no necesita de ningún tipo de memorabilia: a punto de cumplir 80 años de edad, mantiene bien viva en su cabeza la historia de la carrera lunar.

“Marruecos también disfrutaba de coordenadas geográficas similares”, prosigue, “pero la falta de infraestructuras y de personal técnico que hablase inglés llevó a la NASA a decantarse por España”. Si bien el primer equipo directivo de las flamantes instalaciones era estadounidense en su totalidad, el acuerdo de cooperación contenía una cláusula que preveía la sustitución del personal foráneo por sus homólogos españoles. Fue la oportunidad de oro para Ruiz de Gopegui, que acababa de regresar de una estancia de postgrado en Estados Unidos con un máster en Telecomunicaciones bajo el brazo. Una vez contratado junto con varios cientos de sus compatriotas, fue asignado a la nueva base que la agencia espacial planeaba abrir en el país, Fresnedillas (conocida por los iniciados como *Madrid Apollo*). Sucedió que, conforme mejoraba el alcance de las antenas, la estación de Canarias fue complementada por otras emplazadas en la Península, cercanas a aeropuertos y nodos de comunicaciones (vale decir, Madrid).

Así fue cómo en 1964 se construyó la estación de apoyo de Robledo de Chavela, con el propósito de garantizar el contacto con la sonda *Mariner 4*, la misma que acabaría definitivamente con el mito de los “canales marcianos” al mostrar con fotografías que se trataba de meros accidentes orográficos. Y en 1966 entró en operaciones la de Cebreros (Ávila), para reforzar el seguimiento continuo de las naves enviadas al planeta rojo.

Las dos primeras se localizan en la sierra madrileña, en medio de sendos *circos de montañas*: anillos de paredes abruptas que las aíslan del barullo electromagnético generado por la capital española. En aquellos tiempos el protagonismo lo acaparó Fresnedillas. A “la Dino” —la antena principal— le cupo el honor de recibir las señales de las misiones Apolo. Toda la información en uno y otro sentido pasaba por ella. “Las constantes vitales de los astronautas, su respiración, su pulso, aparecían en nuestras pantallas, y nuestro trabajo consistía en depurar las señales de ruidos y remitirlas por satélite a California”,

El autor nació en Rosario en 1961. Vive en Madrid, donde ejerce el periodismo especializado en ciencia y medio ambiente, y la docencia y la investigación en la Universidad Rey Juan Carlos.

Todas las obras pertenecen a la exposición Bienvenidos a la Luna coordinada por Max Cachimba. Desde el 28 de marzo hasta el 26 de abril, de 15 a 20 en las Galerías del CCPE.



Andrea Ostera, *Sin título*, 2009, impresión sobre vinilo, 100 x 100 cm.



Claudia del Río, *La luna hace lamparitas en la tierra*, 2009, lamapritas, cable, dimer, medidas variables.



Constanza Alberione, *Vos y yo, un loco*, 2009, instalación pintura, medidas variables.



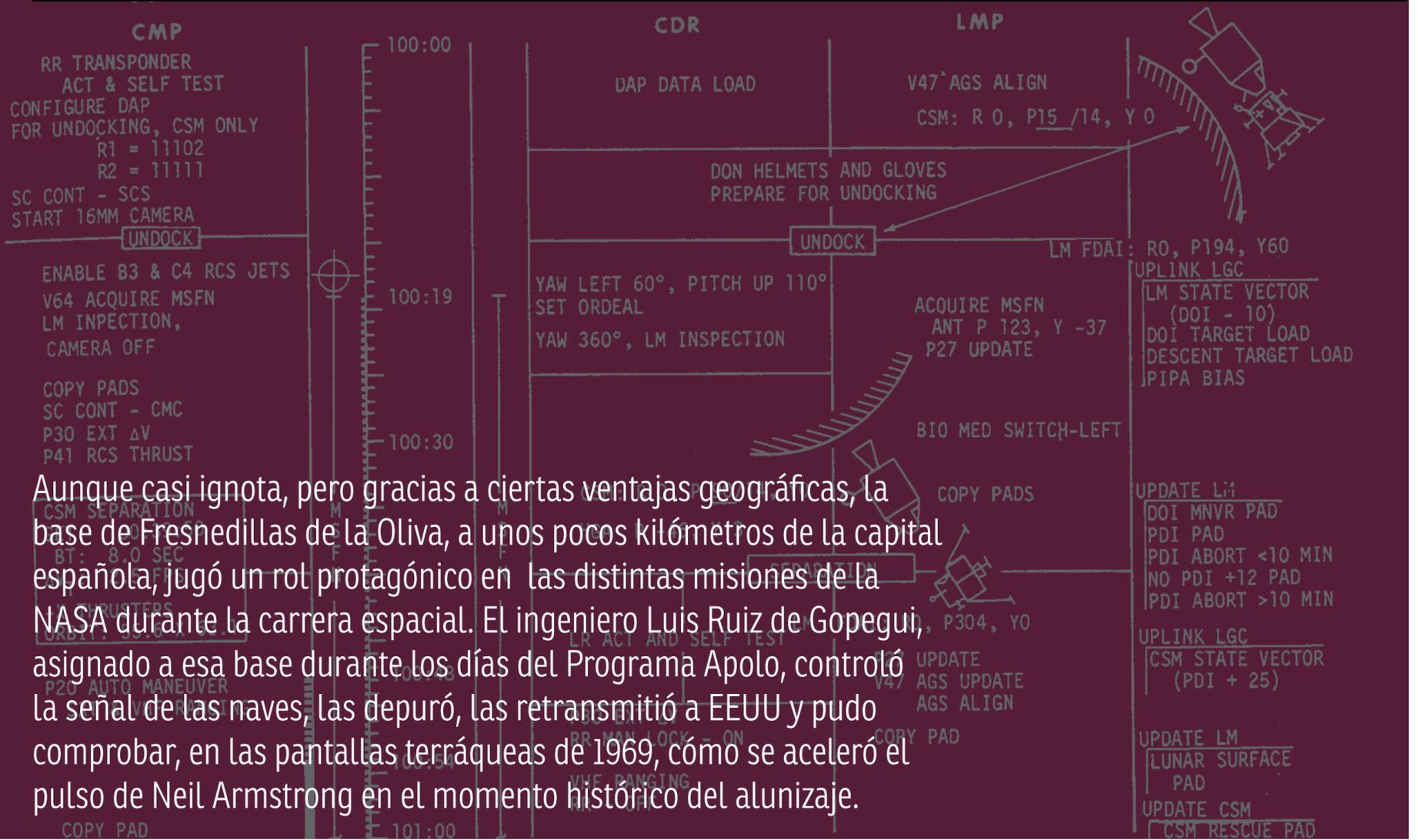
Daniel García, *Moon explorer*, 2009, (boceto), acrílico sobre lienzo, 200 x 150 cm.



David Nahon y Antonio Valiente, *Tony el valiente*, 2009, fotocopia impresión inkjet, 150 x 150 cm.



Francisco Garamona, *Sombras lunares en la aldea de Cheng*, 2009, collage, 20,9 x 34 cm.



Fragmento de un diagrama de plano de vuelo de las tareas del Apolo XI, contiene información acerca de cuándo se tenían que realizar ciertos procedimientos.

recuerda Ruiz de Gopegui. A menudo el satélite no funcionaba y “nos telefoneaban desde Estados Unidos a través del cable submarino para que les diéramos verbalmente los datos biomédicos”. En virtud de esa conexión privilegiada, las estaciones de la sierra se atiborraron de periodistas, que obtenían allí información de lo que estaba pasando al mismo tiempo que sus colegas acreditados en Houston.

¿Las señales circulaban sin encriptar? “Sí, todas las comunicaciones de la carrera espacial se realizaron sin codificar”, me confirma. “Los soviéticos podían interceptar los mensajes de las naves estadounidenses y viceversa. No tenía sentido encriptar datos que en pocos días serían descifrados”. Que el trasiego de información entre los vehículos Apolo y la NASA fuese de público conocimiento aporta una evidencia más en contra de las teorías paranoicas que insisten en que el alunizaje nunca existió. “Al menor traspié de su adversario, Moscú lo habría ventilado a los cuatro vientos”, argumenta el ex director de los centros españoles de la NASA, quien últimamente se ha visto obligado a dar reiterada fe de que la caminata lunar de Neil Armstrong sí tuvo lugar. “Todo fue público, no podía haber secretos. Las trayectorias del Columbia y la posición del módulo Eagle eran visibles a los radiotelescopios. Esos observatorios pudieron ver cómo poco antes del alunizaje llegaba a la Luna la sonda soviética Lunik 15”, agrega. Creer en semejante conspiración exigiría dar por ciertas no sólo la complicidad de las instituciones estadounidenses, sino también la del Kremlin, de los astrónomos del mundo entero, de los cientos de españoles y australianos adscritos a las bases y de Gopegui inclusive. Dar crédito a la tesis de los incrédulos demanda un formidable ejercicio de credulidad.

A Fresnedillas le tocó dar apoyo a una etapa del alunizaje, junto con Robledo de Chavela. Hubo varios episodios críticos: “el primero sucedió cuando la computadora de a bordo dio la alarma encendiendo con luces rojas el panel de manos y Armstrong, muy preocupado, se puso a preparar los pasos para abortar la misión y retornar a la Tierra sin haber pisado la Luna. Afortunadamente, de Houston vino enseguida la tranquilizadora aclaración de que se trataba de un error informático”, continúa mi interlocutor.

Los sustos no acabaron ahí: como el módulo Eagle se desvió varios kilómetros del sitio prefijado, de pronto los astronautas se vieron descendiendo sobre un montón de rocas, en vez de hacerlo en una planicie despejada. “Existía el riesgo de que las patas del módulo se posasen

sobre un gran pedrusco y patinasen, provocando una caída que estropease el aparato”, evoca Gopegui. Neil Armstrong se hizo con el piloto manual y, valiéndose de los motores de aterrizaje, sobrevoló la zona en busca de un lugar lo más llano posible. “Entonces desde Houston le advirtieron: ‘Te quedan 30 segundos de combustible, 29 segundos, 28... 11 segundos, ¡aterriza ya!’”. Vimos cómo el ritmo cardiaco de Armstrong subía de 70 a 80, 90, 95 pulsaciones por minuto. Contuvimos la respiración, unos instantes interminables, y finalmente el Eagle se posó en suelo firme.”

La siguiente fase crítica fue el retorno. Toda la tecnología utilizada en el descenso había sido probada con éxito por las sondas anteriores, no así el motor de despegue. Si fallaba los astronautas se quedarían varados en el Mar de la Tranquilidad, con oxígeno para unas pocas horas. Entonces sobrevendría el fin en vivo y en directo, porque todo estaba siendo transmitido por televisión a la Tierra. “Las pulsaciones de Armstrong llegaron a 150, y eso que tenía unos nervios de acero. Por fortuna, el motor no los dejó en la estacada”, dice Gopegui.

Otro momento de infarto lo representó el fallo del Apolo XIII el 11 de abril de 1970. Una explosión destrozó un tanque de oxígeno y parte del sistema de suministro eléctrico. A Fresnedillas le tocó captar en su turno de guardia la dramática frase del astronauta James Lowell. “Nos tuvo tres días en vilo”, recuerda Gopegui: los tres días que duró el retorno en condiciones penosísimas marcadas por la falta de oxígeno y electricidad. En la base madrileña veían con desesperación cómo los monitores mostraban un chorro de burbujas escapando del exterior del módulo de servicio, a la vez que indicaban que se les acababa el oxígeno. El accidente tuvo un desenlace afortunado... por los pelos.

Vistos en retrospectiva, los éxitos del Programa Apolo parecen haberse debido en buena medida a un azar favorable. Ruiz de Gopegui comparte esa impresión: “Sin lugar a dudas, los americanos tuvieron mucha suerte, a diferencia de los soviéticos, a los que una sucesión de fatalidades dejó fuera de competición. En esos momentos no éramos conscientes de los riesgos existentes; los de la NASA nos decían que el alunizaje contaba con noventa por ciento de posibilidades de éxito y sólo diez de fracaso; pero años más tarde tuve oportunidad de hablar personalmente con los astronautas y me confesaron que manejaban otros porcentajes: treinta por ciento de posibilidades de éxito y setenta de fracaso”.

No todo era sofisticada modernidad. Las bases coexistían con la España de cerrado y sacristía, y cuando se cruzaban se producían curiosos efectos ópticos y sonoros. El 31 de enero de 1971, por ejemplo, los técnicos iban en coche a Fresnedillas para entrar en contacto con el Apolo XIV, que acababa de despegar de Cabo Cañaveral, cuando les cortó el paso la procesión de la Virgen de la Candelaria. Quedaron inmovilizados hasta que en la multitud alguien gritó: “¡Hay que dejarlos pasar! ¡Son de la Base! ¡Son los hombres de la Luna!”, se acuerda José Manuel Grandela, jefe de operaciones de la estación. El clamor hizo que un agente de la Guardia Civil, tras parlamentar con el párroco y el alcalde, les encarase diciéndoles: “Me dicen que ustedes pertenecen a la Base Americana, y que los astronautas pueden correr peligro si no llegan a la Base a tiempo. Por esa razón se va a detener un momento la procesión para abrirles paso y que puedan cumplir con su importante responsabilidad”. Y en el gentío se hizo un hueco por el que los coches pasaron mientras les señalaban exclamando: “¡Son los hombres de la Luna!”.

En cualquier caso, el salto gigante para la humanidad le supuso a Ruiz de Gopegui la gran experiencia profesional de su vida, y a España, “una oportunidad excepcional para formar a centenares de técnicos e ingenieros en lo más avanzado de la tecnología aeroespacial, informática y de telecomunicaciones. La posición privilegiada de la que ha disfrutado España en la Agencia Espacial Europea desde su incorporación es el claro dividendo del aprendizaje realizado por sus especialistas en las bases de la NASA”.

Hoy sólo están operativas las instalaciones de Robledo de Chavela, gestionadas a medias con el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial. Conozco el sitio; he ido varias veces a cubrir las ruedas de prensa ofrecidas por la NASA con motivo de alguna de sus hazañas en el Sistema Solar. Al llegar se ven, asomando entre riscos, arbustos y ovejas dispersas en las laderas pedregosas, seis enormes antenas parabólicas cuyos diámetros van de setenta a once metros. La de treinta y cuatro metros es la vieja “Dino”, traída de Fresnedillas cuando se cerró la Base. A diferencia de Ruiz de Gopegui, a ella no la han jubilado; y ahí la tenemos, abocada con las demás al seguimiento de satélites, transbordadores espaciales, todoterrenos marcianos, sondas en viaje a los confines cósmicos... en suma: a asegurar a España un mirador de privilegio en la exploración del universo.



Fabricio Caiazza (faca), *Personajes*, 2009, dibujo, diptico 100 x 100 cm. c.u.



Franco Vico / Luis Rodríguez, *El peregrino*, 2009, foto-montaje digital backlight, diptico 100 cm de diámetro c.u.



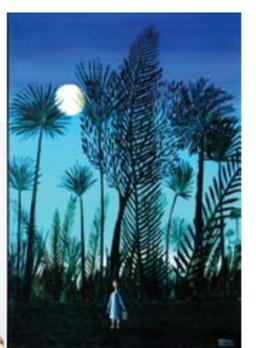
Inne Martino, *Do the evolution (Baby)*, 2008, fotografía digital, 130 cm de ancho.



Juan Grela, *La luna*, 1967, xilografía coloreada, 43 x 64 cm. Colección Hugo Páez



Juan Lima, *Naturaleza muerta lunar (homenaje a Morandi)*, 2008, objeto, 57 x 50 x 25 cm.



Jorge Martínez Ramsejer, *Nocturno*, 1998, óleo, 40 x 60 cm.

La Luna po



r televisión

El primer alunizaje fue también el fin de muchas historias de ciencia ficción y el principio de teorías conspirativas que subsisten a cuarenta años de la misión del Apolo XI. ¿Qué hay de la verdad que se esconde en esas teorías, centradas todas en el espectáculo mediático que supuso aquella hazaña?

Pablo Makovsky

“Primero, creo que esta nación debe comprometerse para llegar a la meta, antes de que termine esta década, de colocar un hombre en la Luna y hacerlo volver a salvo a la Tierra. Ningún otro proyecto espacial durante este período será más deslumbrante para la humanidad o más importante en el largo espectro de la exploración espacial; y ninguno será tan difícil o costoso de concretar”

John Fitzgerald Kennedy,
en el Congreso de EEUU, 25 de mayo de 1961.

Si se introduce “moontruth” en el buscador de YouTube saltarán tres o cuatro videos en blanco y negro. En uno de ellos vemos a Neil Armstrong descendiendo por la escalerita del Apolo XI al tiempo que su voz, fritada por la transmisión desde la Luna, blande la célebre frase: “Un pequeño paso para el hombre y un...” Pero entonces, en el horizonte de la Luna, allá donde el espacio es un cielo negro que seguramente corona la Tierra, se desploma una batería de luces, y aparece un técnico con las corbatitas finitas de los años 60, la camisa blanca y los lentes de entonces. Y luego otro técnico, y la voz del supuesto astronauta que dice: “Tendremos que empezar de nuevo”.

El sitio promocionado en el video ofrece varias ofertas vía Amazon para comprar algo así como la historia de la conspiración que engañó al mundo con la llegada del hombre a la Luna en julio de 1969. Nada de eso sería cierto. Todo se habría grabado en un set montado en el desierto de Arizona. Hace poco más de un año la Nasa encargó una encuesta y un once por ciento de norteamericanos estuvieron de acuerdo en que el alunizaje es un fraude. Bill Kaysing, Ralph René o Bart Winfield Sibrel, todos de dudoso pasado por alguna oficina cercana a la agencia espacial, lideran la teoría de la conspiración. Sus pruebas (los tambaleantes testimonios de un alto oficial retirado en Minnesota, un científico de una universidad de Utah o un taxista de Orlando) pueden llegar a desilusionar tanto como la noticia verdadera: la llegada del hombre a la Luna cuarenta años después.

El Programa Apolo, que partió de la promesa electoral de John Fitzgerald Kennedy en 1960, después de que los rusos pusieran en el espacio a la perra Laika, consistía primero en llevar a un hombre a la Luna y traerlo de vuelta a salvo; luego, en ganar la carrera espacial y misilística. Sus logros tuvieron acaso resultados más extensos en el segundo punto. “El interés público por los vuelos espaciales de los años sesenta —escribió J.G. Ballard en Vogue, en 1977— rara vez sobrepasó la tibia moderación (piénsese, por contraste, en nuestro enorme compromiso emocional con la muerte del presidente Kennedy y la guerra de Vietnam), y los efectos en la vida cotidiana han sido prácticamente nulos”. Ya entonces Ballard, que sostuvo desde siempre que la ciencia ficción debía mirar antes el espacio “interior” que el exterior, puso el acento en lo que el espectáculo del primer alunizaje —la televisión transmitiendo en vivo al mundo entero— venía a anunciar: “Han empezado a aparecer en escena unos mecanismos mucho más sofisticados, sobre todo los videojuegos y los microordenadores

de uso doméstico. Juntos alcanzarán lo que considero la apoteosis de todas las fantasías del hombre a finales del siglo veinte: la transformación de la realidad en un estudio de televisión, en el que podemos desempeñar al mismo tiempo los papeles de público, productor y estrella”.

Al contrario de lo que sucede con la genética, una ciencia hacia “el interior” —para continuar con los argumentos de Ballard—, la astronomía y sus carreras espaciales, lejos de azuzar el misterio, lo disuelven: cuando Neil Armstrong descendió por la escalerilla del Apolo XI y dijo aquello del paso del hombre y el de la humanidad silenció varias historias de ciencia ficción. Es que, a condición de no llegar, el hombre había estado siempre en la Luna, Micro-megas, Peter Schlemil y otros personajes clásicos no necesitaron naves para llegar, sino un estado particular del alma, el corazón o la mente. La Luna, como señaló Roger Caillois en aquel librito que la editorial Sudamericana publicó en 1970, *Imágenes, imágenes*, nunca perteneció al espacio exterior, sino al paisaje terrestre, a los escenarios de la Tierra. Era una paradoja previsible que a cuarenta años de aquel hito la respuesta de Google a “el hombre en la Luna” sean incontables entradas sobre la teoría conspirativa. Si en algún punto esa teoría roza el mito, ese mito debería, veladamente, señalar una verdad. Y la verdad es que la tal teoría viene a decirnos que sí, que lo que hubo fue un inmenso set de televisión, pero que no estuvo montado en Arizona, sino en todo el mundo (el mundo de Vietnam, el de la guerra interminable de Medio Oriente). Como decía un viejo vaquero en Un tiro en la noche, el célebre film de John Ford de 1962: “Cuando la verdad viene a destruir el mito en el oeste elegimos el mito”.

Descentrados

El 4 de septiembre de 1975 la televisión británica puso al aire *Space: 1999*, que un año más tarde se conocería en Argentina como *Cosmos: 1999*, protagonizada por Martin Landau y Barbara Bain y escrita y producida por Gerry y Sylvia Anderson, los creadores de las series *Thunderbirds*, *Capitán Escarlata* y *UFO*, entre otras. La serie, que volvió a emitirse a fines de los 90 en Inglaterra por la BBC2, retomaba la fábula lunar justo donde la había dejado Neil Armstrong o, para ser más precisos, donde la había dejado las pisadas de Eugene Cernan, el astronauta del Apolo XVII que fue el último hombre en pisar la superficie de la Luna el 19 de diciembre de 1972.

Algo tienen en común *Cosmos: 1999* y acaso una de las mejores novelas de ciencia ficción sobre la Luna (motivo también de una película de los 50): *Destination Moon*, de Robert A. Heinlein, en la que el satélite terrestre es una cárcel planetaria. En *Cosmos: 1999* los habitantes de la base lunar Alfa son también prisioneros en el satélite luego de que una explosión de residuos nucleares despidiera a la Luna de su órbita y convirtiera a la gente de la base en navegantes inesperados de un enorme objeto celeste a la deriva.

Es decir, Gerry y Sylvia Anderson devuelven a la Luna al espacio, la quitan de la esfera terrestre y la convierten en un bólide de fantasía.

Resulta por lo menos sintomático que en el universo de *Cosmos: 1999*, para que funcione como ficción —en el sentido de crear un mundo y dotarlo de misterio—, deba desaparecer la Tierra como escena (los tripulantes de la base

Alfa pierden todo contacto con el planeta luego de la explosión) y, por lo tanto, la Luna deje de ser la Luna y se convierta en una nave espacial.

Por otro lado, con la pérdida del lazo con la Tierra, por el cual la Luna y la gente de la base Alfa queda en todo sentido “descentrada”, se pierde también el espíritu colonizador con el que arrancó la carrera espacial.

La era civil

La llegada del hombre a la Luna, mucho más que la solitaria travesía de Yuri Gagarin en el año 1961, inauguraría, según los augurios del presidente Kennedy, una nueva era. Cosa que de algún modo resultó cierta en sus consecuencias tecnológicas, sociales y políticas. Pero fue una era política, civil, en el más prosaico y profano sentido del término, una era a la que se invocó en el gran salón del Congreso estadounidense cuando Kennedy (otro infeliz privilegiado del espectáculo mediático) dio su apoyo al proyecto Apolo.

“Tras echar un rápido vistazo al cielo —escribió Ballard en Vogue—, la gente dio media vuelta y volvió a entrar en su casa. Incluso los actuales vuelos de prueba del transbordador espacial Enterprise —llamado, por desgracia, como la nave espacial de Star Trek—, parecen poco más que un subproducto enclenque de una fantasía televisiva. Cada vez más, los programas espaciales se han convertido en la última antigualla del siglo veinte, tan grandioso pero tan anticuados como los clípers que transportaban té o la locomotora a vapor”.

En otras palabras, y escarbando un poco en nuestro humilde argumento, la llegada del hombre a la Luna inauguró una nueva era en el llano de la historia, pero no significó la creación de un nuevo calendario.

El vértigo

La ficción de *Cosmos: 1999*, en este sentido, es esclarecedora: con la Luna salida de la órbita terrestre y convertida en astronave, con su propuesta liminar del tiempo (es el 1999 pero del año 1975; no el 2000, no el siglo por venir, sino el eterno presente de la inminencia, de algo que se salió del almanaque y del espacio), el relato venía a enseñar otro lugar y otro tiempo para la fabulación lunar.

Si bien las historias y la iconografía de *Cosmos: 1999* no tienen siempre la más feliz de las resoluciones (los capítulos emitidos en las dos temporadas que van desde 1975 a 1978 trepan con dificultad las cimas de la serie Viaje a las estrellas o los diseños del film 2001, Odisea en el espacio, de 1968), su planteo original devuelve a la ciencia al terreno del vértigo. Como escribió Caillois en el librito citado: “El relato de anticipación refleja la angustia de una época que tiene miedo ante los progresos de la teoría y la técnica. La ciencia, al cesar de representar una protección contra lo inimaginable, aparece cada vez más como un vértigo que nos precipita en él”. De hecho, las fantasías del siglo en torno a la ciencia se escurrieron en las especulaciones sobre la biogenética, la realidad virtual o la biopolítica que son, dicho sea de paso, el sustrato de las series de televisión actuales como *Lost*, *Fringe* o *24*. La carrera espacial ha aportado hasta ahora las mar-

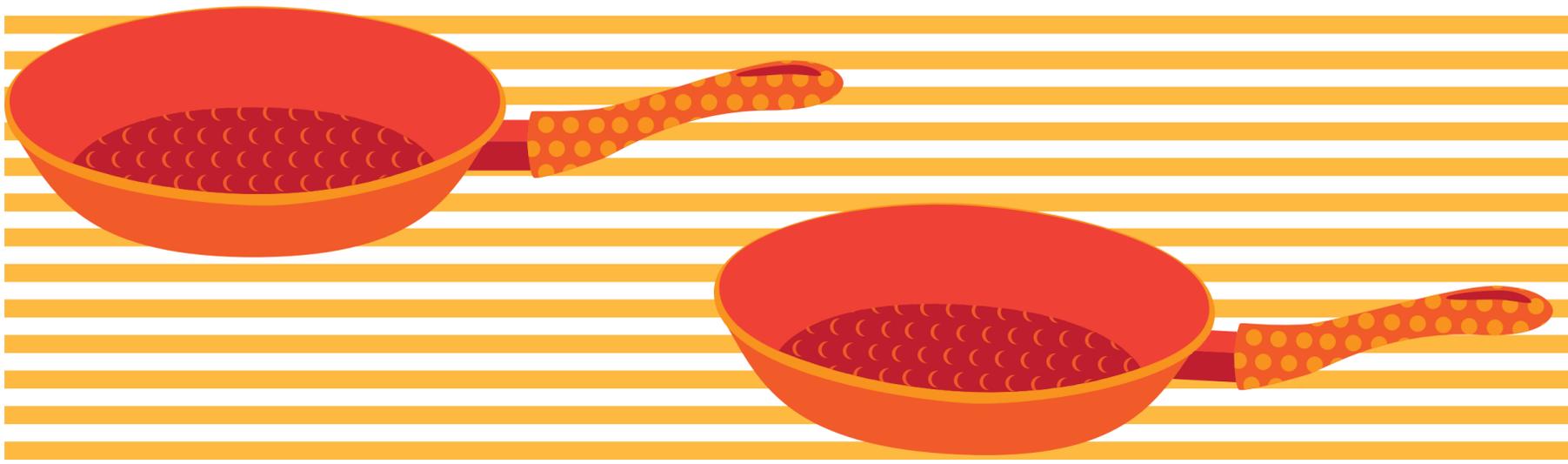
quesinas de unas bases misilísticas en la estratósfera y un campamento montado en la Luna como si fuera el residuo de una colonia abandonada antes de nacer.

El resplandor

Está aquella mala película de Peter Hyams, *Capricornio Uno* (1978), con Elliott Gould y James Brolin, en la que la CIA y la Nasa falsean un aterrizaje en Marte, basada, claro, en las teorías conspirativas que aseguraban que el primer alunizaje había sido filmado en un set de televisión montado en el desierto de Arizona. Y está el falso documental (“mockumentary”) *Dark Side of the Moon*, una producción francesa dirigida por William Karel y puesta al aire en 2002 con el título *Opération Lune*, que no niega que el hombre haya llegado a la Luna, sólo postula que las imágenes que el planeta vio en vivo por televisión habían sido trucadas en un estudio de filmación y que su director era nada menos que Stanley Kubrick, quien había cumplido ya con la sentencia de nuestro poeta Conrado Nalé Roxlo cuando se enteró de la epopeya lunar: “Es el triunfo de la historieta”, dijo entonces. Roxlo insinuaba que el Apolo XI no descubriría más de lo que ya habían descubierto Buck Rogers y otros héroes de las viñetas. Karel, con entrevistas descontextualizadas a Henry Kissinger, Donald Rumsfeld, Alexander Haig, Buzz Aldrin (quien montaba la bandera estadounidense en el primer campamento lunar) y la viuda de Kubrick, va tras los rastros físicos del estudio donde se filmó el primer alunizaje y sostiene lo que ya postulamos en estas líneas: que lo importante, antes que el éxito de la misión lunar, era su efecto mediático.

El falso documental de Karel cosechó el elogio y el consentimiento de quienes vieron en su artificio la confirmación de la teoría de Jean Baudrillard sobre la “híper-realidad”. Curioso que el filósofo francés que declaró que la (primera) guerra del Golfo (1991) no había existido porque fue cegada a los medios, recuperara de repente y en 2002, casi un año después de los ataques a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, el crédito de una película fabricada en base a los delirios más corrientes de los norteamericanos que ven en el Estado una afrenta a su religión personal.

En “Luna nueva”, el poema de Alan Sillitoe traducido por Mirta Rosenberg y seleccionado por ella y por Lilliana García Carril para esta edición de *Transatlántico*, el poeta dice: “Desde que los hombres plantaron banderas/ chillonas sobre su secreta geología/ y enviaron cámaras para explorar todos sus rincones,/ la luna se ha vuelto lesbiana;/ ahora se la ve más brillante en su hambre de mujer/ y con toda determinación ha hecho de la Vía Láctea/ su amante: la tierra ya no le interesa”. No es otra cosa lo que plantea *Cosmos: 1999*, una Luna otra vez ajena y lejana, con navegantes que no pertenecen al futuro ni al pasado, sino que han sido desplazados en el tiempo y el espacio por lo mismo que la Luna trajo desde siempre en la inminencia de su resplandor.



Promesas de la Luna

Alejandro Polanco Masa

El autor nació en Palencia (España) en 1975. Escribe sobre historia de la ciencia y la tecnología en Revista de Arqueología e Historia de Iberia Vieja, entre otras. Es editor del blog Tecnología Obsoleta (<http://www.alpoma.net>) y La Cartoteca (<http://www.alpoma.net/cartota>), dedicado a la cartografía. En 2003 publicó el libro *Herejes de la Ciencia*. (Ed. Corona Borealis).

Cuatro décadas es un tiempo escaso, hablando en términos históricos, pero para una vida humana supone una parte importante de toda la existencia. El tiempo que nos separa desde que el primer habitante de la Tierra pisara el polvo lunar en julio de 1969, ha sido testigo de cambios críticos en gran número de ámbitos, sobre todo tecnológicos. Ah pero, ¿dónde están los transbordadores lunares que con tanto acierto mostraron Stanley Kubrick y Arthur C. Clarke en *2001 una Odisea del Espacio*? ¿Qué ha sido de los ambiciosos planes para conquistar nuestro único satélite natural? Es más, ¿caso sirvió toda la aventura de los Apolo para algo realmente útil?

Sí, puede parecer que cuatro décadas debería haber sido tiempo más que suficiente para que la exploración del espacio ofreciera más frutos, más allá de ruinosas flotas de transbordadores y una estación espacial muy cara y con un futuro bastante sombrío. Ahora bien, esas cuatro décadas no son más que un guiño en la historia y, si miramos atrás, el desarrollo de las grandes gestas suele necesitar más tiempo, siglos incluso. No cabe duda que esa compañera de la noche, espejo en el que rebotan los cálidos rayos solares, inspiración para poetas y músicos, volverá a ser visitada y, esta vez, para algo más que dejar unas cuantas huellas y recoger valiosas muestras científicas. La Luna, el complemento ideal del planeta azul, guarda muchos secretos y, también, gran número de oportunidades.

Dejando de lado la carrera espacial, paralela a la carrera armamentista de la Guerra Fría, hubo muchos motivos para decidir viajar a la Luna. Podía haberse arreglado el asunto simplemente enviando sondas automáticas, capaces de recoger muestras para traerlas a nuestro planeta, pero las verdaderas aventuras precisan de un componente humano que los robots, por mucha figura de androide que se les quiera dar, no pueden

conseguir. Olvidemos la política, la estrategia militar y la pura propaganda. Enviar tripulaciones de seres humanos a la Luna, gracias a seis exitosos viajes, con el gran riesgo que eso supuso, superando accidentes como el sufrido por el Apolo XIII, sirvió de mucho. Se aprendieron lecciones que, de otro modo, nunca hubieran siquiera sido supuestas. El ingente esfuerzo que supuso el desarrollo del programa Apolo, con los célebres vectores Saturno V y toda la tecnología ideada para cumplir el sueño de Kennedy, impulsaron la industria de los Estados Unidos durante gran parte de estos cuarenta años. No se trató de gastar dinero sin sentido, el retorno en forma de productos, empleo y beneficios económicos ha sido tal que, de no haberse apostado por la gran aventura, hoy las cosas en muchos ámbitos habrían sido diferentes. En nuestras casas disponemos de artilugios surgidos de la mente de ingenieros y científicos que se vieron en la necesidad de dotar a los vehículos Apolo de técnicas novedosas. Piénsese en ello, por ejemplo, cada vez que utilizemos en la cocina una sartén antiadherente, pues el teflón con el que está fabricada surgió del esfuerzo espacial. Medítese, igualmente, en la gran cantidad de avances médicos que poseemos gracias a este gran proyecto cósmico, desde marcapasos avanzados a termómetros infrarrojos.

La aventura no ha hecho más que comenzar. La Luna guarda en su seno multitud de lugares interesantes por su utilidad futura. Más allá de servir de inspiración para poetas y enamorados, llegará el día en que la Luna será contemplada como una parte más de nuestro mundo, algo así como una extensión de nuestros dominios. Gracias a sus favorables condiciones de baja gravedad, resultará el lugar ideal sobre el que instalar centros de ocio y turismo, muchos ancianos desearán viajar allí para alargar sus vidas y disfrutar de sus últimos años en

mejores condiciones que en la Tierra. La Luna atraerá mineros, deseos de explotar, por ejemplo, las ingentes reservas de helio-3 presentes en la superficie selenita, un elemento tan escaso en nuestro mundo como vital para las futuras centrales de fusión nuclear. Y, cómo no, aunque todavía quede quien sigue negando la realidad de los vuelos Apolo —cosa que, de ser cierta, hubiera encantado a los soviéticos pues ellos mismos intentaron realizarlos y fracasaron— muchas personas comunes podrán ir y venir de la Tierra a la Luna.

Viajar entre Europa y América supuso un verdadero desafío durante siglos, desde el sufrido periplo de Colón en 1492. Hoy, surcamos el Atlántico sin siquiera pensar en los viejos navegantes y en los peligros que tuvieron que superar. El equivalente futuro de nuestros vuelos oceánicos serán los transbordadores lunares. Puede que la cronología de la ciencia ficción más optimista vaya con retraso, pero sin duda es algo que tiene que suceder, porque no se trata más que de seguir el curso natural de nuestra naturaleza expansiva. Entonces, llegará el tiempo en que, en la cara oculta de nuestro vecino, se instalen grandes observatorios astronómicos aprovechando la concavidad de algunos cráteres y, al abrigo de la radiación solar y terrestre, podremos otear los cielos buscando otras tierras en lejanos sistemas estelares.

Loteo sideral

La Luna, nuestra compañera de viaje, animó la propia revolución que dio vida a la tecnología que ha servido para hollar su superficie. Ese espejo de plata cósmico, inmaculado hasta que Galileo dirigió su telescopio hacia sus montañas y cicatrices de impacto, supuesto mundo en el que moraban los antiguos

Todas las obras pertenecen a la exposición *Bienvenidos a la Luna* coordinada por Max Cachimba. Desde el 28 de marzo hasta el 26 de abril, de 15 a 20 en las Galerías del CCPE.



Luciano Ominetti, *Bienvenidos a la Luna*, 2009, dibujos, medidas variables.

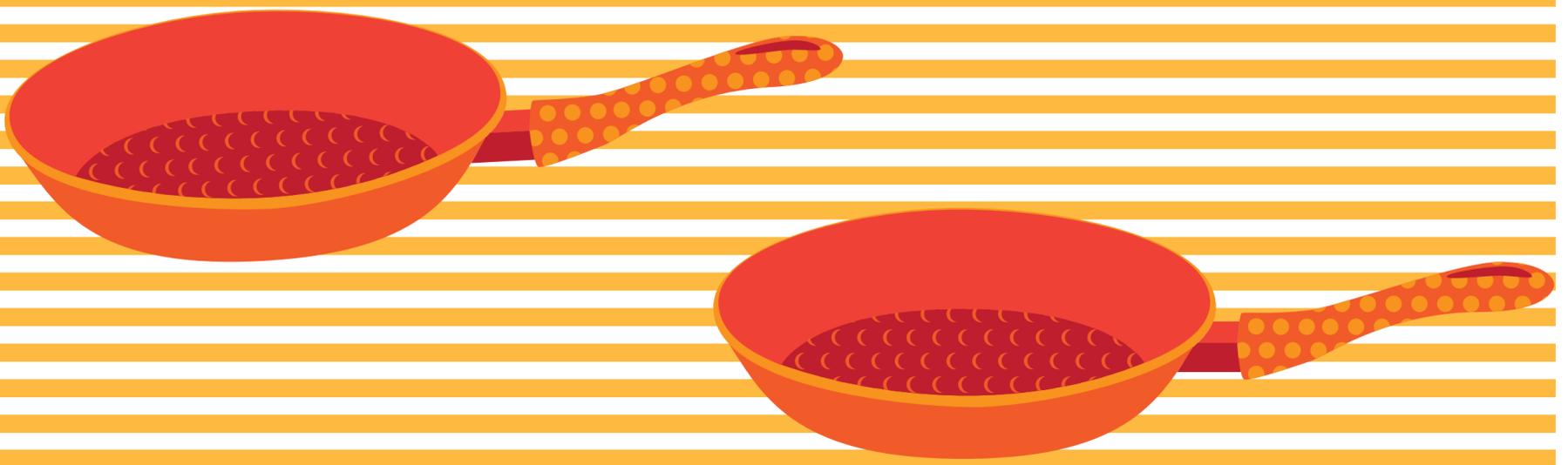
Mariana Tellería, *Dibujo hombre lobo*, 2009, objeto, medidas hombre lobo promedio.

Max Cachimba, *Festín Lunático*, 2008, serie de imágenes, pinturas, dibujos, collage, medidas variables.

Michele Siquot, *La cara de la Luna y otros descubrimientos domésticos*, 2009, instalación, 120 x 70cm.

Mosquil, *Balistic Bongo*, 2009, tinta sobre papel, 80 x 40 cm.

Olaf Ladousse, *Do Rag 59*, 2008, banda sonora de instrumentos electrónicos realizados con objeto y juguetes.



selenitas, sirvió para inspirar a los resueltos personajes que se reunían a finales del siglo XVIII en un caserón de Birmingham. Bajo el sonoro nombre de *Círculo Lunar*, diversas mentes apasionadas con el futuro, el progreso, la ciencia y la tecnología, celebraban cenas seguidas de tertulias emocionantes. Fue así como, el último día del año 1775, durante una de las cenas, los autodenominados *lunáticos* dieron forma a un club exclusivo, único, memorable: La *Sociedad Lunar de Birmingham*, cuyos miembros recorrían los caminos nocturnos iluminados por Selene para reunirse en el caserón. Los encuentros allí celebrados, en medio de un ambiente de libertad absoluta, dieron forma a muchas ideas entonces sorprendentes. La Revolución Industrial estaba naciendo, el mundo tal y como lo conocemos estaba tomando forma. Y, así, imaginando y soñando con un futuro de prosperidad, *lunáticos* como James Watt, padre de la tecnología de vapor, el astrónomo William Herschel, Erasmus Darwin, Matthew Boulton, Samuel Galton y, entre muchos otros, Benjamin Franklin vía epistolar, buscaron inspiración en la Luna para preparar el triunfo de la ciencia y la técnica que, doscientos años más tarde, facilitó la construcción de los navíos de metal capaces de surcar los vacíos abismos entre los dos mundos.

Las diversas tripulaciones que han pisado la Luna han dejado su huella allí, no sólo gracias a sus botas y sus pasos, sino también a sus experimentos sísmicos y espejos láser para medición precisa de la distancia a la Tierra; pero, sobre todo, han alimentado nuestro conocimiento del satélite más que cualquier otro sabio lo haya hecho anteriormente, puesto que las muestras de roca depositadas en laboratorios de todo el mundo han abierto todo un nuevo campo de conocimiento. Al igual que los *lunáticos* durante sus memorables cenas, también los ingenieros del programa Apolo soñaron con multitud de aplicaciones y nuevas expediciones que, lamentablemente, no fueron llevadas a cabo. Gusanos lunares, algo así como gigantes tubos presurizados con movimientos similares a los de una lombriz, surgieron en los gabinetes de diseño a modo de vehículos exploradores de los desiertos selenitas. Se imaginaron varios módulos Apolo unidos para formar naves capaces de llevar visitantes humanos a la alta atmósfera de Venus, estaciones espaciales dormitando en algún punto de Lagrange formadas por los gigantes cascarones vacíos de multitud de cohetes Saturno V. Todo ello era imaginario, pero la fantasía alimenta la realidad. Los *lunáticos* soñaron con un mundo en el que las máquinas de vapor facilitarían todo tipo de tareas, en una época en la que apenas había nacido esa tecnología. Los ingenieros de los Apolo también soñaron con un futuro cercano en el que todo aquello que dibujaran terminaría surcando el cosmos. Los primeros consiguieron que su sueño se hiciera realidad al cabo de varias décadas, los segundos van en camino de cumplirlo. Hoy, cuando se dice adiós a los transbordadores espaciales, proyectos como el *Constellation* están haciendo que la vieja tecnología que nos llevó a la Luna, junto con un más innovador arsenal técnico, den vida a una nueva aventura lunar. La NASA pretende, en este nuevo esfuerzo, de desarrollar una flota de naves espaciales con la que enviar de nuevo misiones tripuladas a la Luna,

retomando el esfuerzo abandonado a principios de los años setenta. Como en un círculo en el tiempo, los turbopropulsores de los Saturno renacen, se vuelven a revisar los planos del Skylab, de los módulos lunares y de todas las viejas propuestas de los gabinetes de diseño espacial. Ahora sí, volveremos, pero esta vez para quedarnos.

Los primeros pasos serán tímidos, peligrosos, pero con el tiempo la Luna se convertirá en objeto de deseo. Sabemos lo que sucederá a continuación, la historia nos lo enseña, a la oportunidad le sigue el conflicto. Lejos de infantiles pretensiones sobre propiedades en la Luna compradas a través de imaginarios certificados en Internet, un recurso de lo más romántico como regalo para enamorados, el potencial que ofrece nuestro satélite en múltiples campos es tal que será necesario redactar todo un nuevo cuerpo legislativo para regular su uso y, cómo no, su propiedad. Aunque en el año 1967 se firmó un tratado en la ONU en el que se prohibía el registro como propiedad de cualquier región más allá de la Tierra, todos sabemos que, llegado el verdadero momento de la conquista, ese documento pasará a ser papel mojado. Una cosa es soñar, gritar a los cuatro vientos que la Luna pertenece a toda la humanidad y, otra muy distinta, será la de poner de acuerdo a todos los jugadores en la partida, estadounidenses, europeos, rusos, chinos, japoneses o indios. Una vez que las naves mineras hayan alunizado, se pedirá la concesión de explotaciones. No será ahora, ni dentro de veinte años pero, sin duda, la Luna verá conflictos territoriales a lo largo del siglo XXII. Antes de ello, como preámbulo, será la Tierra la que vea repetirse la historia a través de las previsibles pugnas por los grandes recursos, ahora casi vírgenes, del Ártico o la Antártida. De cómo nos comportemos en esos dos campos de experimentación, aprenderemos o, más bien, repetiremos los errores en el futuro, en la Luna e incluso más allá, en Marte.

Selenautas

Arañaremos su superficie, viviremos en ella, incluso iremos de vacaciones más allá del espacio circun terrestre y, siempre como espectadora inerte, la Luna seguirá prestando servicio a la humanidad. Si no fuera por su existencia, el ángulo de inclinación terrestre y su comportamiento orbital alrededor del Sol, serían diferentes. Es, precisamente, la existencia de esa enorme masa que es la Luna, jugando alrededor de nuestro mundo de forma constante, lo que mantiene estable nuestra órbita dentro de ciertos parámetros indispensables. De ella depende el nacimiento de las estaciones del año en la Tierra, al igual que guarda un papel importante en el desarrollo de las mareas. Si la Luna no existiera, se producirían cambios caóticos en la oblicuidad terrestre a lo largo del tiempo. Sin el papel estabilizador de su satélite, la vida en la Tierra tendría que enfrentarse a cambios muy peligrosos.

Puede que este papel vital que juega la Luna sobre la Tierra, su labor a la hora de mantener un entorno cósmico con cierta estabilidad que facilite a las criaturas terrestres el medrar con cierta calma a lo largo de eones, haya sido intuido durante siglos por nuestros antepasados. La Luna ha sido adorada

desde siempre. Sobre ella, casi como si se tratara de un tributo contemporáneo siguiendo los comportamientos ancestrales, hemos depositado reliquias a modo de obras de arte. Además de su carga tecnológica, los astronautas de las naves Apolo portaron presentes diversos. David Scott, tripulante del Apolo XV, depositó en la Luna una placa sobre la que se grabó el nombre de varios astronautas y cosmonautas fallecidos durante misiones espaciales. A su lado, colocó una pequeña figura de aluminio de apenas ocho centímetros de tamaño. Se trata de un regalo de la Tierra a nuestra compañera de la noche, una obra de arte que sigue allá arriba, esperando el regreso de los humanos, un minúsculo muñeco que con el título *El astronauta caído*, imaginado por el artista belga Paul Van Hoeydonck, sirve de homenaje a todos aquellos que arriesgaron sus vidas para que el sueño lunar fuera una realidad.

En las clásicas misiones Apolo, mientras dos miembros de cada tripulación descendían sobre la Luna, un tercero quedaba orbitando a bordo del módulo de mando, esperando el regreso del módulo lunar. Stuart Roosa, piloto del módulo *Kitti Hawk*, en la misión Apolo XIV, fue uno de aquellos pacientes astronautas que no llegó a pisar el polvo lunar. El astronauta, que en su juventud había trabajado como guarda forestal, recibió el encargo del *Servicio Forestal de los Estados Unidos* para llevar a las cercanías de la Luna cuatrocientas cincuenta semillas de varias especies de árboles de la Tierra. A su regreso, las "semillas lunares", como fueron conocidas, se distribuyeron por diversas partes del mundo a modo de símbolo de la aventura espacial y como recuerdo de que, unidos, podemos llegar muy lejos. Hoy, muchas de aquellas semillas se han convertido en grandes árboles que, desde muchos rincones de la Tierra, parecen querer extender sus ramas al lejano lugar celeste donde, hace casi cuatro décadas, tuvieron ocasión de viajar.

Como a esas ramas, a muchos de nosotros la Luna nos sigue llamando, nos requiere, desea nuestro regreso, somos los nuevos *lunáticos*, los que soñamos con un futuro en el que hayamos extendido, en paz, nuestro destino hacia otros mundos. El primer paso, volver a la Luna para explorar sus misterios, como esos intrigantes fenómenos en forma de nubes rojizas y luminiscentes que, a veces, son captados por telescopios terrestres sobre su superficie. En la expectativa de las grandes misiones, como la nacida en el seno del proyecto *Constellation*, hay quien no puede esperar y lanza retos para volver allá arriba, aunque sea a través de robots. A la llamada han acudido nuevas naciones, chinos, japoneses o indios esperan grandes cosas de la Luna. Un nuevo imperio de la Tierra, conocido como Google, hace ya muchos meses lanzó su reto lunar para la formación de equipos encaminados a enviar un pequeño vehículo al satélite. El reto lunar de Google es sólo el primer paso para que, más allá de la decisión de las agencias espaciales, la iniciativa privada también tome partido en esta aventura. Así, dentro de no mucho tiempo, a las 31.260 palabras que ocupan las transcripciones de las conversaciones por radio entre Neil Armstrong y la Tierra, se unirán las de muchos otros *selenautas*, tal y como ya forman parte de la historia las frases y conversaciones grabadas por el resto de las tripulaciones Apolo.



Raúl D'Amelio, *Media noche*, 2009, fotografía directa intervenida, 100 x 150 cm.



San Poggio, 2009, performance + disfráz + panfletos para inauguración.



Sebastián Pinciroli, *Batman*, 2009, impresión digital, 120 x 80 cm.



Sergio Kern, *Luna en el río*, 2009, digital, 120 x 90 cm.



Silvia Lenardón, *El globo*, 2009, tinta y lapicero de gel sobre papel, 30 x 21 cm.



Virginia Negri, *Mucho+q'vos (y yo.)*, instalación, 2009, medidas variables.

Las fases de la Luna

Ya se trate de viajes imposibles o de certezas científicas, las fascinaciones lunares, incluso después de la Gran Llegada, perviven en la pintura, la fotografía y el cine. Y pueden rastrearse en las distintas imágenes que, simbólicas o hiperrealistas, oscuras o luminosas, positivistas o líricas, orbitan una y otra vez alrededor del satélite.

Estrella de Diego

Luna nueva

Debe ser cierto que, como cuenta Ariosto en su fabulosa obra *Orlando furioso*, todo lo que se extravía en la Tierra —los suspiros de los amantes, el tiempo derrochado por los jugadores, las horas malgastadas de los perezosos, los deseos vanos...— termina en la Luna, a su manera gran espejo de los acontecimientos telúricos, pues como dijera Calvino parafraseando los versos del poeta italiano del 1500: “En el universo jamás se pierde nada”.

Por eso, tal vez, veneramos la Luna, la imaginamos; la vigilamos desde la ventana y desde el objetivo del telescopio. Por eso o porque de todos los astros es la más cercana y la más visible, satélite cerquísima, más contundente que la estrellas, más única, con vida propia y con historia particular. Y por eso la cantan los versos y la pintan los pintores, la describen las leyendas, cambiante, plateada, oculta, misteriosa, inapresable a lo largo de los siglos: Luna lunar.

Omnipresente en el firmamento, así contigua, la Luna ha condensado desde tiempos inmemoriales fantasías que con frecuencia se acumulan en torno a aquello que, en apariencia próximo y casi posible de tocar con las puntas de los dedos, termina por convertirse en inaccesible, pretexto para infinitas quimeras de ciencia ficción y nostalgias de infinito. ¡Alcanzar la Luna!



1

Por eso la increpa el perro de Joan Miró en *Perro ladrando a la Luna* [1], pintado en 1926: reclama a la Luna la devolución de lo apropiado. Cuánto les gusta a los surrealistas la Luna, quién sabe si por lo que de romántico pervive en ellos, por esa pasión suya hacia las nocturnidades de Edgar Allan Poe. Se trata, en su caso también como en los nocturnos del XIX, de un aliento casi lúgubre, de trance, oscuridad del alma, precipicio —tenía razón Goethe cuando dijo que a las ciudades se llega siempre de noche—; Luna nueva y trágica la que pinta Victor Hugo en su dibujo *El burgo a la luz de la Luna*.

Y a veces lunas retóricas las de los surrea-



2



3

listas, igual que la de la *Ciudad petrificada* de Max Ernst [2]. —redonda, perfecta y dorada como un sol—, copia o realidad de un viaje por Angkor cuando, tras el abandono de Gala para fugarse con el Paul Éluard, su marido —vaya absurdo final para una historia moderna—, se vio obligado a seguir —si lo prosiguió— el trayecto solo. O las lunas de René Magritte, tan amante de las escenas crepusculares, menguantes, crecientes, entre árboles. Superficie lunar infinita y satinada, una luz tenue y firme, la de Yves Tanguy, cuyos paisajes metafísicos, desiertos de luz fría, recuerdan a la superficie lunar como se construye en *La mujer en la Luna* de Fritz Lang [3], quien en su film clásico de 1929 toma imágenes que recuerdan a las fotografías del viaje al Polo de Ernest Shackleton, quizás porque los desiertos y las tierras vastas y nevadas terminan por parecerse tanto. Lunas de cine que dejaban de ser románticas —las que cantaban los poetas y reproducían las postales cursis para enamorados— y se hacían precisas, positivistas, fábricas de ingenios con mucho de verosimilitud, remedo de las fascinaciones científicas de la época y hasta de las que las habían precedido, fotos desde un telescopio como la tomada por Lewis Rutherford en Nueva York en marzo de 1865, donde se mostraban las rugosidades que la gran pantalla trasladaría luego a sus juegos de ciencia ficción.

Aunque sería en ese mismo año de 1929 cuando Luis Buñuel acabaría para siempre con el halo romántico de la Luna: Luna cortada por la nube, ojo cortado por la cuchilla. Esa siempre recordada cuchilla anuncia una nueva visión, un modo de mirar que quiere romper con las metáforas del XIX, pero presagia a un tiempo un ojo de mujer que abre el inicio de un conflicto masculino/femenino, clara alusión a la castración como pérdida de la visión, tal y como se presenta en Freud y Lacan asociada al feticchismo. Si el ojo no viera, no existiría el dolor, la ansiedad, la pérdida.

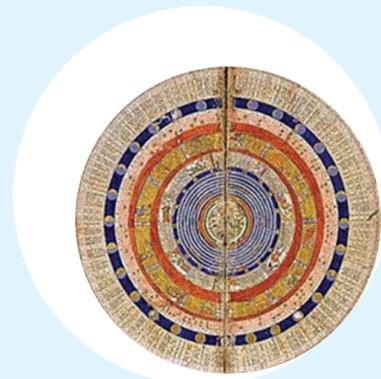
También el perro de Miró anda mirando y reclama a la Luna lo robado. Y se vuelve la Luna entonces —menguante— remedo del perro, un poco su reflejo y su doble, ansia de hombres lobo que décadas antes, en plena era romántica, le pedían piedad o vértigo al caer la noche. No falta nada en la escena nocturna, la más curiosa de las muchas lunas que pinta el artista mallorquín: la escalera, escala con aspiraciones celestiales de Bizancio o Babel, refleja una ilusión antigua. ¡Tocar la Luna!

Porque se trata de una obsesión tempranísima, incluso del siglo II, cuando Luciano de Samósata inaugura la saga de los grandes viajes imaginarios hacia el astro blanco, pronunciando una idea muy próxima a la que será más tarde desarrollada por Ariosto, la Luna, cierta prolongación de la Tierra: “Y aún contemplé otra maravilla en el palacio real, un espejo muy grande en la boca de un pozo no muy hondo. Si uno va y desciende al pozo

puede oír todo lo que se dice en la tierra, en nuestro país, y si uno mira al espejo, ve todas las ciudades y todos los pueblos como si estuviera en medio de ellos. Entonces pude yo ver a mis amigos y toda mi patria, pero no puedo decir con certeza si también ellos me veían a mí. Quien no crea que esto es así, si algún día va en persona por allá, se enterará de que digo la verdad.”

Luna presente en las cartografías celestes y plasmada en las visiones universalizantes de la artista e intelectual de la Edad Media Hildegarda de Bingen; Luna de las visiones y la ciencia de esa época a la cual pertenece, circular e implacable, poseedora del universo completo y las constelaciones. Usada la Luna con discreción inusitada en la época del *Orlando*, incluso por pintores de la oscuridad por excelencia, Paolo Uccello en sus batallas de luces nocturnas —Luna nueva—, y Piero della Francesca para las noches en vela de Constantino, en el cual la luz plata de la Luna se ofusca entre lo cálido de la antorcha, invisible a su vez. Pues debe estar la Luna cerca; debe estar aun cuando no se vea: cuando hay noche hay Luna, brillante a veces, invisible otra; persiguiéndonos.

E ir a la Luna también para salir de la Tierra. Soñar con mirar la Tierra desde fuera, desde lejos, para describirla como la cuenta el mapa. Se imagina a Mercator leyendo, repasando, anotando, desentrañando el futuro —porque



4

de eso se trata un poco al fin—. Soñar cómo podría ser ese mundo desde arriba. Y más arriba incluso que arriba. Desde fuera, desde la Luna, incluso, como Francis Godwin, quizás el precursor del propio Jonathan Swift en el siglo XVII, lo imaginó en el texto *Aventuras de Domingo González en su extraño viaje al mundo lunar*. Ante los ojos del protagonista se van apareciendo “manchas en forma de pera” y no tiene duda de que “se trata del continente africano”; y se aparece después “una mancha en forma de huevo, como la América dibujada en nuestros mapas.” ¡Llegar a la Luna!

Luna llena

Y llegaron. Pero si el contexto cambia de una cultura a otra, cambia también de una época a otra y el caso de la llegada a la Luna, retomado a lo largo del escrito de Ludwig Wittgenstein *Sobre la certeza*, acaba por ser un ejemplo excelente para confirmar lo efímero de la certeza sobre todo en el territorio de la ciencia que se deseaba inexpugnable: sé que no he estado en la Luna, porque nadie ha estado en la Luna y las leyes físicas no permiten aceptar que se puede ir a la Luna, afirma Wittgenstein a principios de los 50.

Sea como fuere, menos de veinte años después el ser humano pisaba la Luna, colocaba allí su bandera —o eso dicen— y terminaba con una certeza que en tiempos de Wittgens-



5

tein parecía inamovible. Al final, es ilusorio justificar o comprobar la veracidad del marco de referencia, éste sirve sólo para establecer los límites dentro de los cuales tiene lugar la demostración. Cualquier marco puede ser aceptable y, por lo tanto, puede haber infinitas certezas dependiendo del marco elegido. En el momento de escribir el libro, la imposibilidad de llegar a la Luna era cierta porque el marco estaba descrito de una determinada manera; algunos años más tarde la posibilidad de llegar a la Luna era cierta también, ya que el nuevo marco se había descrito a partir de unas nuevas proposiciones.

Sin embargo, no es el marco de referencia lo que interesa a este relato, sino la pervivencia de las fascinaciones lunares incluso después de transformado el mismo. La Luna seguía siendo una pasión en la segunda mitad del XX y no sólo en las obsesiones hacia lo extraterrestre epitomizadas por el cine y los comics del momento, sino en el propio deseo de conocer el espacio que empezaba a vislumbrarse en las primeras misiones y que se plasma en la portada de la revista *Time* que Eduardo Paolozzi, fascinado por el mundo moderno y sus retales, toma para un collage irónico de 1952. El espacio se iba transformando en un lugar donde la Luna no era el bello astro cantado por el romántico Giacomo Leopardi en el *Canto nocturno de un pastor errante en Asia*, recuerda Carlos García Gual, y comenzaba a presentarse como un icono de la modernidad y el progreso.

Otro artista inglés, Richard Hamilton, tomaba así el espacio como parte de su tan conocida obra *¿Qué hace a los hogares...?* [5] El retazo que aparece como techo del hogar de hoy, tan atractivo y diferente, es una imagen de la Tierra vista desde un satélite como recordada de una publicación del momento.

Tampoco ahora ha dejado la Luna de formar parte del imaginario, se diría incluso que pasado el alunizaje de hace ahora cuarenta años, vuelve a mirarse con ojos asombrados. De este modo, cuando en 1996 Kiki Smith es invitada al entonces recién estrenado LeRoy Neiman Center for Print Studies en la univer-



6

Una Luna moderna

Mezcla de espíritu decadente con visos de cabaret, el *Pierrot Lunaire* de Arnold Schoenberg desvía para siempre la tradición del nocturno romántico y le otorga un nuevo carácter, ahora un poco histérico y melancólico, donde la parodia prima por sobre la devoción.

Pablo Gianera

En 1815, Franz Schubert compuso la canción "An den Mond" ("A la luna") sobre un poema homónimo de Johann Wolfgang Goethe. Se trata de un poema que se resiste a la música, no tanto por la superstición de una presunta música verbal, sino porque las peripecias emocionales del texto chocan con la regularidad de las estrofas. Con un sencillo, pero oportunamente cambiante, acompañamiento en el piano, Schubert consiguió un pequeño milagro en esta canción romántica y aisló tres motivos: la luna, la corriente de un río y el amigo, que en realidad coinciden, si se piensa que la luna misma puede ser un amigo. "Feliz quien se cierra/ al mundo sin odio", dice el texto de Goethe para referirse a quien "vaga-bundea de noche en el laberinto del pecho".

Noventa y siete años después, cuando Arnold Schoenberg estrenó en 1912 su *Pierrot Lunaire*, sobre versos del belga Albert Giraud, la luna ya no se aclimatava con facilidad a la intimidad de la canción de cámara. Ese romanticismo no resultaba del todo ajeno a Schoenberg. Su opus 15, *Das Buch der hängenden Garten* (El libro de los jardines colgantes) con poemas de Stefan George, de 1908, era todavía una prolongación de la tradición romántica de Schubert y Robert Schumann, y concluía con una noche "encapotada y sofocante", sin luna. Acerca de estas quince piezas para voz y piano con textos de George, el compositor hizo una observación crucial: "Por primera vez, me acerqué a un ideal de expresión y de forma que había tenido en mente durante muchos años; pero, llegado a ese punto, me faltó la fuerza para consumarlo. Ahora que finalmente me lancé en esa dirección, soy conciente de que rompí todas las barreras de una estética pasada". Verdaderamente, el *Pierrot*, porvenir de esa estética pasada, tenía ya poco de romántico; sólo, en todo caso, su condición derivativa, en la medida en que, de algún modo, el futuro remoto del *lied* de Schubert podría ser precisamente el *Pierrot*.

Es cierto que la paternidad estética de semejante cambio de signo le corresponde tanto a Schoenberg como al uruguayo Jules Laforgue y a su libro *L'imitation de Notre-Dame la Lune* (Imitación de Nuestra Señora la Luna). No podría asegurarse que Giraud, poeta mucho menos dotado, plagiera a Laforgue. Por el contrario, el libro de Giraud apareció en 1884, y el de Laforgue en 1885. Pero la sensibilidad simbolista y *art nouveau* de este último estaba, ya a principios del siglo XX, en el aire. Giraud, miembro de "Le Parnasse de la Jeune Belgique" (grupo de "atletas del ocio", según Luis Chitarróni), es un figurante de esta historia. Schoenberg trabajó en realidad con

la traducción al alemán de Otto Erich Hartleben, que más que traducir reescribió el original y dejó una versión superior al modelo. La moderada novedad de los poemas de Giraud y Hartleben consistía en la combinación de una forma rigurosa y cierta libertad en el asunto. Es sorprendente que algo de esa conjunción perviva en la música, sobre todo teniendo en cuenta la indiferencia de Schoenberg hacia los textos puestos en música; indiferencia que quedó al desnudo cuando el propio compositor explicó que sabía de memoria muchos *lieder* de Schubert pero ignoraba de qué "hablaban" sencillamente porque nunca había prestado atención a la letra.

Es indudable que el atematismo de las obras anteriores del compositor, consecuencia en parte de las fundamentales *Piezas para piano opus 11* que inauguraron el atonalismo libre, se ajustó como un guante al imaginario de Giraud y encontró en *Pierrot* una consumación radiante, en la que se insinúan ya algunos principios de organización de sus obras posteriores. La contradicción entre rigor y libertad es aquí una fuerza productiva. Programáticamente, Schoenberg consigue en cierto sentido un milagro semejante al de los poemas: acomodar un estilo de completa libertad armónica y tonal a una serie de formas tradicionales. El refinamiento, la microscopía psicológica de Schoenberg en esta obra resultan todavía pasmosos.

Pierrot está organizado como un ciclo de tres partes de siete poemas cada una: "Tres veces siete poemas del *Pierrot Lunaire* de Albert Giraud". Las veintinueve miniaturas rondan, según las interpretaciones, una duración de media hora. Se indican pausas prolongadas únicamente entre los tres paneles que forman el tríptico. La idea general es la del melodrama, género que ya había tentado, poco antes, en 1890, y con menos éxito, Richard Strauss en su obra *Enoch Arden*, basada en el poema de Alfred Tennyson. Pero aquello que en Strauss era una mera alternancia entre el recitador y el piano, queda sometido en *Pierrot* a un giro dramáticamente drástico (o, mejor aún, drásticamente dramático). Si bien la división en tres partes podría aproximar la obra a los ciclos románticos, su instrumentación y, singularmente, el tratamiento de la voz señalan un punto de partida antes que una meta (significativamente, en 1912 Schoenberg realizó también arreglos para orquesta de canciones de Schubert, Beethoven y Carl Loewe). Allí está todavía el piano, pero ya no solo, para empastarse con la interioridad de la voz, sino rodeado de flauta (*piccolo*), clarinete (clarinete bajo), violín (viola) y violonchelo; vale

decir, cinco ejecutantes para ocho instrumentos. La formación era novedosa (se la conoce ahora como "quinteto *pierrrot*") y Schoenberg la administra con inteligencia: únicamente en la última miniatura, "O alter Duft", aparece el conjunto completo; en las piezas restantes, se explotan diversas combinatorias tímbricas, sin contar que en ciertos casos, por ejemplo en la pieza n° 4 ("Eine blasse Wäscherin"), la voz queda en un segundo plano, restringida a la función de acompañante del grupo. La movilidad tímbrica se corresponde con un trabajo contrapuntístico que remite, por un lado a la herencia de Johann Sebastian Bach y, por el otro, a los polifonistas holandeses. Esto resulta evidente, por ejemplo, en la n° 8 ("Nacht"), una *Passacaglia* nocturnal que funciona de introducción a la segunda parte y que es un compendio magistral de desarrollo motivico. O la n° 18 ("Der Mondfleck", "La mancha lunar"), en la que a *Pierrot* no consigue limpiarse la mancha blanca de la luna de su chaqueta negra. Acaso *Pierrot* fuera un vidrio azogado, condenado a absorber y reflejar sus rayos, pero incapaz de verse la espalda, a menos que lo hiciera justamente en un espejo. Así, por lo menos, parece entenderlo la música, en la medida en que presenta esa relación especular de manera musical bajo la forma de un canon "en espejo" ente el *piccolo* y el clarinete, por un lado, y el violín y el chelo, por el otro.

Cada pieza proyecta entonces un color individual; y la luna, finalmente, parece tener muchos más colores de los que creíamos. Estos colores y contrastes instrumentales tiznan asimismo a la soprano, pero no porque haya una necesaria solidaridad entre instrumento y voz, sino por la indeterminación respecto de cómo esa voz debería sonar efectivamente; una cuestión, la del *sprechgesang* (canto hablado), de la que Schoenberg se ocupó con minuciosidad en el prefacio de la partitura. Observa allí que la melodía correspondiente a la parte vocal "no está destinada a ser cantada"; la cantante debe transformarla en una melodía hablada. El propósito del compositor resulta tan evidente como arduo: la meta no es en modo alguno un habla natural o realista; debe quedar clara la diferencia entre el habla cotidiana y el habla que colabora con la música pero, singularmente, no llega a ser canto. Por otro lado, el intérprete tampoco debe derivar el carácter de cada pieza del sentido de las palabras que se dicen, sino de la música misma. Aquellos hechos y sentimientos del texto que el compositor consideró importantes, estarán en la música. "Siempre que el intérprete no los encuentre

sidad de Columbia, se pone manos a la obra. No hace mucho se ha tropezado con una serie de fotografías de la Luna tomadas en el siglo XIX desde el observatorio de Harvard y se ha quedado absorta, recuerda Wendy Weitman en el texto para el catálogo de la muestra celebrada en el MoMA en 2003. Son fotos que animan a imaginar mundos diferentes y en continua transformación, fotos misteriosas donde el cuerpo astral tiene cierto regusto a territorio del ensueño, el mismo que hizo perder la cabeza a Georges Méliès [6] en la película más fabulosa de la historia del primer cine, con su rostro jugueteón atravesado por un telescopio; naturaleza en constante metamorfosis que une el éter con las profundidades del océano en aquella mítica caída libre del mago del cine: una nave espacial, primitiva y premonitoria, que se precipita de regreso a la Tierra.

Smith pregunta si hay un telescopio en Columbia y una noche de enero de 1997, fría como son las noches invernales en Nueva York, con el cielo cegado de oscuridad, decide tomar unas nuevas instantáneas de la Luna con la máquina pegada al telescopio. Después, se va hasta Coney Island y atrapa las olas del mar con la cámara panorámica.

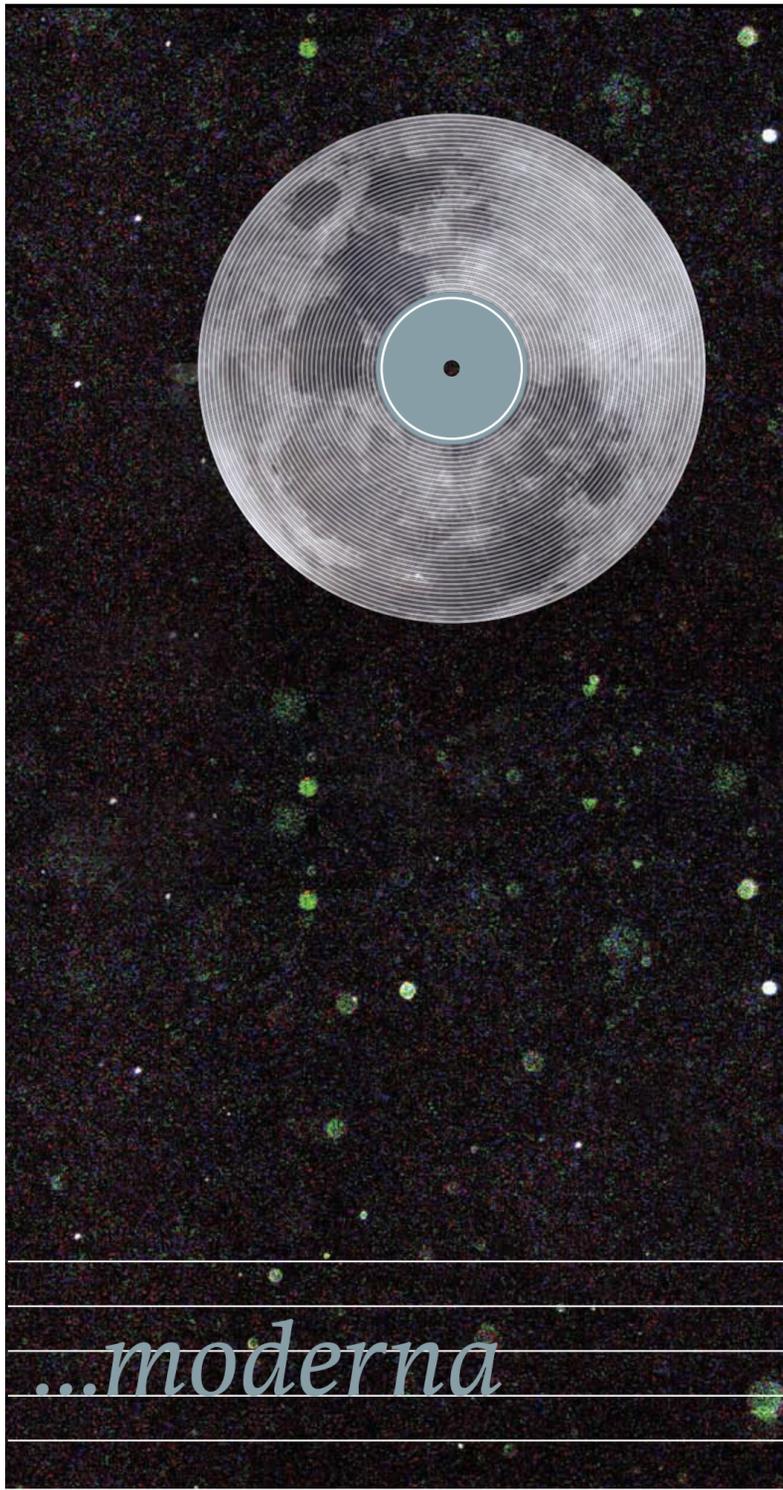
No tardarán en reunirse las dos imágenes, el reflejo de la metamorfosis, los dos instantes de esa naturaleza sorprendente. *Marea* [7], de 1998, es un artefacto prodigioso compuesto por una sucesión de trece fotograbados de



7

trece lunas llenas —las que hay a lo largo de un año— que se pliegan como un acordeón y en cuya base, de papel japonés, ha litografiado la imagen continua de las olas. En ese drama implícito entre lo roto y lo compacto, en la sensación de temporalidad que invade la obra de Kiki Smith como un presagio denso, describe certera la esencia misma de la Luna, aquello que se escapa cada vez, que está y no está. Paso, pasaje, rito de pasaje... que no cambian las cientos de imágenes del hombre pisando la Luna, muy al contrario. Sigue perviviendo el misterio de lo que habita enfrente, lejos y cerca, como el objetivo de *La ventana indiscreta* de Alfred Hitchcock que se hace redondo, espejo, inalcanzable y cerca: Luna.

La autora nació en Madrid en 1958. Es ensayista, catedrática de Arte Contemporáneo en la Universidad Complutense de Madrid y profesora invitada en la New York University. Ha sido comisaria de exposiciones como Warhol sobre Warhol (La Casa Encendida, Madrid, 2007). Publicó, entre otros libros, Querida Gala (Madrid, Espasa, 2003), Travesías por la incertidumbre (Barcelona, Seix Barral, 2006) y Contra el mapa (Madrid, Siruela, 2008). Es columnista del diario El País de España.



—anota terminante Schoenberg—, tiene que resistirse a incorporar algo que el compositor no pretendía. Si lo hace, no estará añadiendo sino sustrayendo.”

El director y compositor Pierre Boulez llamó la atención acerca de la imposibilidad de hacerse una idea exacta del *sprechgesang*: “El expresionismo a flor de nervios de la voz quita todo color humorístico a las piezas paródicas, para mantener a lo largo de la obra un clima exageradamente tenso, en contradicción con el carácter de la interpretación instrumental. Sin embargo, la parodia es, junto con cierta hipertensión sentimental, uno de los elementos principales de *Pierrot Lunaire*”. Mezcla de sensibilidad centroeuropea decadente con modernidad de cabaret (la puesta de las primeras representaciones, con la cantante pintada y ataviada de payasita, tenía mucho de ese tipo de espectáculos), *Pierrot* exhibe una intensa expresividad que toma forma sobre la base de un altísimo grado de integridad estructural. Pero esa expresividad tiene ya poco de romántica. Como observó agudamente Theodor Adorno, “en Schoenberg, el momento subversivo propiamente hablando es el cambio de función de la expresión musical. Ya no se fingen pasiones, sino que en el medio de la música se registran *shocks*, traumas. Atacan los tabúes de la forma porque estos someten tales emociones a su censura, los racionalizan y los transponen en imágenes. La innovaciones formales de Schoenberg estaban emparentadas con la modificación del contenido de la expresión”. Esta extravagante *commedia dell'arte* vienesa exhibe una melancolía espectral y casi histérica, finisecularmente moderna, ajena por completo al devocionario del primer romanticismo; como dicen los versos de Giraud-Hartleben en “Der Dandy”: “con un fantástico rayo de luz/ alumbra la luna los cristalinos frascos/ sobre el negro y sacrosanto tocador/ del taciturno dandi de Bérghamo”. Las pálidas florescencias de la luna cambiaron para siempre el paisaje de la música. Sin alejarse demasiado, la luna perentoria de Laforgue y Giraud-Hartleben llegó también a Leopoldo Lugones; y, mucho más tarde, de la intersección nominal de Lugones y Schoenberg, resultó el *Lunario sentimental*, de Gerardo Gandini.

Más lentamente que bajo el calor del sol, todo se pudre también a la luz de la luna. La luna, que antes alumbraba la fiebre nocturna de los enfermos, está ella misma enferma. Una “luna enferma” (“Der kranke Mond”, se llama una de las piezas) cuya mirada desorbitada cautiva “como una extraña melodía”. Discípulo musical de Schoenberg y descendiente espi-

ritual del romanticismo, Alban Berg entendió con agudeza esa condición mórbida de *Pierrot*. En una carta fechada en 1912, le escribe a Helene, su mujer: “Ya conoces mi preferencia por la naturaleza en sus momentos más sombríos. El lago, oscuro y desapacible, me recuerda los profundísimos nuevos sonidos, vibrantes y agitados, de *Pierrot Lunaire*; los oigo siempre que miro el lago”. Resuena en esos sonidos el trabajoso despertar de un sueño abigarrado, adhesivo, y el antiguo perfume de los cuentos de hadas.

El autor nació en Buenos Aires en 1971. Es crítico de música y literatura. Trabaja como redactor en el diario La Nación y colabora con revistas especializadas de la Argentina y España. Es docente en el Conservatorio Superior de Música Manuel de Falla de la ciudad de Buenos Aires. Integra el consejo de dirección de Diario de Poesía.

Antología de poemas

Alrededor de la Luna

por Mirta Rosenberg y Liliana García Carril

La luna llena

Después de recibir la carta de mi padre, mi madre comenzó a vender los muebles, quería costear el viaje dejando intactos los ahorros. Venían los compradores y una señora se llevaba el radio o la televisión, otra un tapete, otra un florero. La casa se vaciaba sin criterio. Mi hermano y yo, de vuelta a casa, mirábamos la luna que entraba a manos llenas en los cuartos. Mi madre ya dormía, o casi. Dejábamos las luces apagadas por los moscos. Quedaba poco: un clóset, nuestras camas, el refri y unas lámparas. La vida así, sin nuestro padre y sin los muebles, era un paréntesis. No daban ganas de dormirse. Mi hermano se servía su limonada y se sentaba en uno de los dos balcones, yo en el balcón del otro lado. Mirábamos el mismo cielo. Era como velar el sueño de mi madre, como haber sido siempre adultos. La luna entraba y no encontraba obstáculos. Estábamos de vacaciones hasta el vértigo, teníamos entre manos un viaje sin regreso. Mi hermano hacía sonar los hielos de su vaso, yo no sabía hacer nada aún, estaba íntegramente vivo, íntegramente inexpresivo. No sé si era feliz o desdichado pero absorbí ese verano que fue el último como un resumen de mi infancia, como la cifra de una edad cerrada de un portazo, y en eso tuve suerte: poder decir se terminó, aquí se corta esta madeja, reunir en un lugar toda una época, es enterrar de veras algo, tener conciencia de lo que es estar vivo, antiguo como cualquier piedra. Y si la veo que sigue recorriendo el cielo idéntica, invariable, como diciendo soy la misma y ustedes son los mismos, todo es lo mismo para siempre y el tiempo no dio un paso desde entonces, ya no le creo, y si le creo, ya no me turba como antes.

Fabio Morábito (Egipto, 1955, vive en México desde 1969)

La salida de la luna

Y quién ha visto la luna, quién no la ha visto salir de la cámara de lo hondo, enrojecida y espléndida y desnuda, como quien sale de la cámara del fin del noviazgo, subir y arrojar su confesión de placer sobre la ola, desparramando en el oleaje su propio sobrescrito de dicha, hasta que toda su tenue belleza llega trémula a nosotros desplegada y conocida al fin, y entendemos con certeza que la belleza es algo que trasciende la tumba, que la experiencia brillante y perfecta nunca cae en la nada, y que el tiempo atenuará la luna antes de que nuestra consumación plena aquí en esta rara vida se opaque o desaparezca.

MOONRISE

And who has seen the moon, who has not seen Her rise from out the chamber of the deep, Flushed and grand and naked, as from the chamber Of finished bridegroom, ser her rise and throw Confession of delight upon the wave, Littering the waves with her own superscription Of bliss, till all her lambent beauty shakes towards us Spread out and known at last, and we are sure That beauty is a thing beyond the grave, That perfect, bright experience never falls To nothingness, and time will dim the moon Sooner than our full consummation here In this odd life will tarnish or pass away.

David Herbert Lawrence (Inglaterra, 1885 - Francia, 1930)

Deshojación sagrada

*Luna! Corona de una testa inmensa,
que te vas deshojando en sombras gualdas!
Roja corona de un Jesús que piensa
trágicamente dulce de esmeraldas!*

*Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?*

*Luna! Y a fuerza de volar en vano,
te holocaustas en ópalos dispersos:
tú eres tal vez mi corazón gitano
que vaga en el azul llorando versos!...*

César Vallejo (Perú, 1892 - Francia, 1938)

Luna sola de los campos...

*Luna sola de los campos.
Pienso en las bellezas
perdidas.
Pero ¿es perdida ésta?
Veo una luna abandonada
tan hermosa como esta
sin nadie que la contemple.
¿Nadie siente
cómo los campos anochecidos
se van alumbrando, flotantes,
y descubren horizontes
marinos
con el humo de alguna
arboleda perdida?
¿Nadie?
Las ramas
están pálidas de encanto
y un sutil calofrío
recorre las hojas.
¿Acaso este pájaro
que aletea?
Luna de oro entre los ceibos.
Luna sola de los campos.*

Juan L. Ortiz (Argentina, 1896-1978)

Para que veas que no te guardo rencor

*te regalo la luna
seriamente —no creas que me estoy burlando de ti:
te la regalo con todo cariño
¡nada de puñaladas por la espalda!
tú misma puedes pasar a buscarla
tu tío que te quiere
tu mariposa de varios colores
Directamente desde el Santo Sepulcro.*

Nicanor Parra (Chile, 1914)

Nocturno

*Oh luna, cuántas veces consintiendo al dolor,
a través de los ávidos vidrios de las ventanas,
y en los reflejos húmedos que en tus luces desgranadas
esperé conmovido el alto resplandor
de tu lumbré que he amado.*

*Cuántas veces, herida de amor te he contemplado
dentro de los secretos puros de tus jardines
que entrañan musicales perfumes de jazmines
sintiendo que la pena me había abandonado
en el mundo que encantas.*

*Cuántas veces me viste morir entre las plantas
y buscarte entre nardos rosas y querubines
como te busco ahora para que me ilumines
y penetres en mi alma, cuando en las ramas cantas,
derramando tu lumbré.*

*Cuántas veces temblando seguí con pesadumbre
los rayos serenísimos de tu luz con horror
aspirando en la dulce claridad de un albor
con esplendor de joya tu aviesa mansedumbre
que me hacía llorar.*

*Ah, cuántas veces triste, tratando de olvidar
al que olvida toqué con mis manos tus hebras,
tu zafiro en el agua cuando quieta celebras
en medio de las sombras el silencio del mar.*

Silvina Ocampo (Argentina, 1903-1993)



Jorge Martínez Ramírez, *Manuela*, 1992, óleo, 30 x 40 cm. Esta obra pertenece a la exposición *Bienvenidos a la Luna* coordinada por Max Cachimba. Desde el 28 de marzo hasta el 26 de abril, de 15 a 20 en las Galerías del CCPE.

El pozo

*A los dieciséis creía que la luz de la luna
me cambiaría si se le antojaba.
Iba corriendo la cabeza
sobre la almohada, hasta corría mi cama
a medida que la luna cruzaba
lentamente mi ventana abierta.*

*Yo quería belleza, un peligroso
relumbre acerado, un cuerpo más delgado,
más pálida mi cara pálida.*

*Tomaba luna
diligentemente, como otros toman sol.
Pero la mirada fija y ceñuda de la luna
me mantenía despierta. A la mañana,
estaba irritable y sonrojada.*

*Era en las noches oscuras de sueño profundo
cuando más soñaba, en lo hondo del pozo,
y me levantaba descansada, y si no bella,
colmada de algún otro poder.*

THE WELL

*At sixteen I believed the moonlight
could change me if it would.*

*I moved my head
on the pillow, even moved my bed
as the moon slowly
crossed the open lattice.*

*I wanted beauty, a dangerous
gleam of steel, my body thinner,
my pale face paler.*

*I moonbathed
diligently, as others sunbathe.
But the moon's unsmiling stare
kept me awake. Mornings,
I was flushed and cross.*

*It was on dark nights of deep sleep
that I dreamed the most, sunk in the well,
and woke rested, and if not beautiful,
filled with some other power.*

Denise Levertov (Inglaterra, 1923 - EEUU, 1997)

Luna nueva

*Desde que los hombres plantaron banderas
chillonas sobre su secreta geología
y enviaron cámaras para explorar todos sus rincones,
la luna se ha vuelto lesbiana;*

*ahora se la ve más brillante en su hambre de mujer
y con toda determinación ha hecho de la Vía Láctea
su amante: la tierra ya no le interesa.*

*Mucho mejor que derramar su brillo pálido
espejo de cortesanos que se miran embobados
y aquel poeta acongojado que sufría
por su amor no correspondido por fin se liberó.*

NEW MOON

*Since men have waved flags on her
Classified geology with peacock colours
Sent cameras probing every angle
The Moon has turned lesbian;*

*Shows brighter now in her woman hunger
Goes with purpose to her lover
In the Milky Way, nothing more from earth*

*Yet better by far than shining palely
a mirror for courtiers to gawp at –
And that stricken poet who ached
In her unrequiting love but now is free.*

Alan Sillitoe (Inglaterra, 1928)

...la Luna

Las ruedas de la luna

El cielo está claro y oscuro, el disco de la luna lejano y pequeño y brilla como plata. Su frío haz sondea mi ventana: la antorcha de un buscador, invisible tras un cono de luz parpadeante.

Demasiadas cosas en la cabeza para poder dormir. Un disco de basura, semisumergido en la espuma de las olas, se arremolina entre los pilotes del muelle. Entonces lo recuerdo: hoy hay luna llena. No puedo esconderme de esta perturbadora musa.

A los bandazos, vamos juntas, ebrias amantes: dos caras de la misma moneda que nunca pueden verse –disco celeste, basura mundana–, una claramente burilada como recién acuñada, la opuesta lisa de tan gastada, ilegible,

o dos ruedas que no pueden parar de moler entre ambas la basta materia de la existencia, imágenes y palabras, en una sustancia llamada poesía. El proceso es indescriptible. Y su propósito.

MOON WHEELS

The sky is clear and dark, the moon's disk far-away and small and silver-bright. Its cold beam probes through my window: the torch of a seeker, invisible behind a cone of wavering light.

Too much on my mind to let me sleep. A disk of rubbish, half-submerged in foamy surf, swirls through pier-struts. Then I remember: full moon tonight. I cannot hide from this disturbing muse.

We lurch together, drunken lovers: two sides of a coin which can never see each other – sky-disk, world-rubbish – one sharply incised as if new-minted, the opposite worn smooth, illegible,

or two wheels which cannot stop grinding between them the coarse stuff of existence, images and words, into a substance called poetry. The process is indescribable. And its purpose.

Ruth Fainlight (Estados Unidos, 1931)

Un mundo se destruye
(Física aristotélica)

Por debajo de la esfera de la luna los movimientos son imperfectos tironeadas las cosas hacia abajo, hacia arriba, hacia un costado algunas caen –el agua, piedras, hojas–. El peso es el llamado de la tierra. Otras se alzan, ingravidas: la niebla, el humo, el fuego buscando su hogar alto, el alto cielo. Por encima de la esfera de la luna esferas perfectísimas, ajenas a corrupción y ruina un día se desploman y caen, sin un ruido frente al ojo feroz de Galileo

Circe Maia (Uruguay, 1932)

La luna en oposición a que alguna vez
volvamos a dormir juntos

Estoy aquí sentado, un archivillano del romance, pensando en vos. Sabés, lamento haberte causado dolor, pero no podía hacer nada para evitarlo porque necesito ser libre. Tal vez todo hubiera sido diferente si te hubieras quedado sentada a la mesa o me hubieras pedido que saliera con vos a mirar la luna, en vez de levantarte y dejarme solo con ella.

THE MOON VERSUS US EVER SLEEPING TOGETHER AGAIN

I sit here, an arch-villain of romance, thinking about you. Gee, I'm sorry I made you unhappy, but there was nothing I could do about it because I have to be free. Perhaps everything would have been different if you had stayed at the table or asked me to go out with you to look at the moon, instead of getting up and leaving me alone with her.

Richard Brautigan (Estados Unidos, 1935-1984)

Lo regular

La luna llega paciente y nadie lo sabe pero hace estragos y hiere

su canto es una pleamar intensa un llanto hondo una rasgadura

Ella va lenta queda

silente como una muerta moviéndose entre manchas

La luna el amor, la sangre todo lo que no sabemos

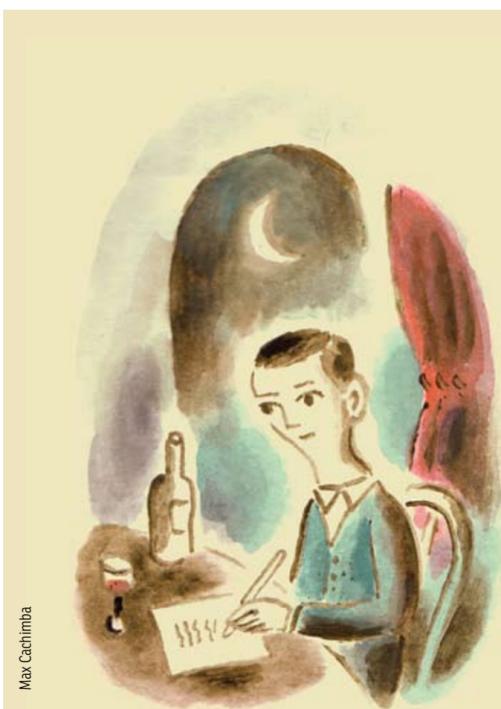
ella es composición el retrato incumplido el baile retrasado

Ah luna, tu lentitud, luna tus rasgos esa piel tu tierra, tu tierra

Soy tu fragmento, tu polo, el desquicie ¿qué quieres de mí? ¿mi sangre? ¿mi vientre? ¿mis cabellos?

Ah luna suaviza tu seco ardor Ama. Sola. Ama.

Hanni Ossot (Venezuela, 1946-2003)



Max Cachimba

La columna del director

Martín Prieto

Bienvenidos

Ahora parece que fue Thomas Harriot, un inglés aficionado a la astronomía, el primer cartógrafo de la Luna, según sostiene el entusiasta historiador Allan Chapman, quien agrega que como Harriot era rico y modesto a la vez, no se entretuvo en dar a conocer sus bocetos lunares como sí hizo el pobre italiano Galileo Galilei, a quien se le atribuye entonces haber sido el primero en hacer un uso astronómico del telescopio, siendo sus dibujos lunares, firmados cuatro meses más tarde de los que habría registrado Harriot, los primeros que se conocieron y que le valieron, 398 años después, un tardío homenaje –como todos los que recibió, por otra parte de parte de las Naciones Unidas, que en su sesión del 20 de diciembre de 2007, declaró al 2009, en honor de Galileo y de su invención, año internacional de la astronomía.

El 09, también, supone otra efeméride lunar: la de los 40 años de la llegada de la misión Apolo a la Luna. “¡¡¡Y puso el pie en la Luna!!!” decía el relator, como si fuese un partido de fútbol, la definición de un partido de fútbol, todos reunidos alrededor de un aparato de radio, la noche del 20 de julio de 1969, en un campamento de la Asociación Cristiana de Jóvenes en Oliveros, provincia de Santa Fe. Pero no, no voy a detenerme ahora en la tristeza de esos campamentos; o por lo menos, y para ser preciso, en la tristeza que esos campamentos me causaban a mí, entonces, abandonado, creía yo, por mis padres para siempre, y rodeado de un montón de chicos y muchachos que parecían felices en el mismo lugar en el que mí se me representaba el infierno. El profesor, ya ven: me detuve, se llamaba Jerry, y contrariamente a esa virilidad tan propia del promedio de los profesores de gimnasia, como se conocía entonces a la educación física, parecía haber visto, él también, alguna vez, el pozo negro de la melancolía y entonces, cada tanto, con una caricia o una palmeada en el hombro trataba de sumarme al partido de fútbol que yo no sabía jugar, a la copa del árbol que yo no sabía trepar, a los juegos de bromas lingüísticas que yo directamente no entendía. Expulsado del mundo, con un buzo de color amarillo que me había traído mi tía de Venezuela y cuyo uso debió, pre-

viamente al viaje a Oliveros, ser autorizado administrativamente por las autoridades del club, pues la norma, dictada en esos papeles mimeografiados que decían “tres pares de medias”, “botas de lluvia”, “dos pijamas” indicaba que el buzo debía de ser blanco o azul, yo en vez de mirar la radio, miraba la Luna. Y en la Luna, en vez de ver la ínfima silueta de Neil Alden Armstrong dando su paseo lunar, como pensé que tal vez pudiera ver, veía la cara de mi mamá.

Perdón, queridos lectores, por la confianza: pero no es posible hablar de la Luna institucional –la del año internacional, la de la efeméride– sin hablar a su vez de la Luna íntima, pues si esta especie de impostado cumpleaños de la Luna nos importa es porque de algún modo es como si fuese el cumpleaños de algo vinculado a nuestra más íntima intimidad. Y no es posible hablar de la Luna íntima sin hablar de la Luna de los artistas, pues la imagen que tenemos de la Luna no es solamente la de la Luna que vemos, sino de una que está rodeada del aura de todas las lunas musicales, poéticas, visuales, de todos los artistas que alunizaron alguna vez. Y no es posible hablar de la Luna de los artistas sin hablar de la Luna de los científicos pues a cada paso de la ciencia lunar, uno nuevo en la fantasía. Y no es posible hablar de la Luna científica sin hablar de la Luna política: de la Luna como botín. Y si la historia contemporánea señala que la Unión Soviética cayó en 1989, la historia del futuro, menos atenta a la minucia, verá que cayó, en verdad, el 20 de julio de veinte años antes, cuando Armstrong, como decía el relator de la radio de Oliveros, “puso el pie en la Luna” y en el mismo movimiento –y tal vez por eso ese tono de “definición” que le daba el locutor a la cosa– le daba a los Estados Unidos una victoria inapelable en la sordidez de la guerra fría.

De un poco de todo eso hablará el ciclo *Bienvenidos a la luna*, que se presenta hoy, 28 de marzo, en nuestro Centro cultural. Bienvenidos a la Luna, bienvenidos a la inspiración artística y a la sartén de teflón, bienvenidos al espionaje y a las grandes películas, bienvenidos a Galileo y bienvenidos a los recuerdos de cada cual.

—Transatlántico.

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España / AECID, Sarmiento y río Paraná, (2000) Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina. Teléfonos: (+54 341) 4260941 y 4402724 Correo electrónico: t@ccpe.org.ar Sitio web: www.ccpe.org.ar

Consejo editorial: Martín Prieto, Pedro Cantini, Cecilia Vallina, Gastón Bozzano, Nora Avaro. Diseño: Pablo Cosgaya, Marcela Romero. Ilustraciones: David Nahón. Impresión: Cooperativa Gráfica Patricios.



Con el apoyo de:

CCEBA Centro Cultural de España en Buenos Aires

MR MUNICIPALIDAD DE ROSARIO

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES Y DE COOPERACIÓN aecid

CCPE AECID Centro Cultural Parque de España